



UNIVERSIDAD DE CUENCA

Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación

Maestría en Antropología de lo Contemporáneo

Memorias Colectivas en la calle Rafael María Arízaga

Trabajo de Titulación previo a la obtención del título de
Magíster en Antropología de lo Contemporáneo.

Autora: Rosa Narsisa Toledo Vintimilla

CI: 0101889053

Correo: malandra1963@gmail.com

Directora: Dra. Rosana Gabriela Eljuri Jaramillo

CI: 0103134144

Cuenca - Ecuador

12 de abril del 2022



Resumen

La tesis Memorias colectivas en la calle Rafael María Arízaga realiza un análisis, a partir de la aplicación del método etnográfico, de un lugar de importante connotación histórica de la ciudad de Cuenca. Se recopilan y recuperan las memorias de quienes habitan o habitaron el lugar, indagando en percepciones diversas sobre los imaginarios de la vecindad y la organización del espacio común. Una ubicación espaciotemporal nos aproxima y nos permite dar forma a la memoria colectiva de quienes han vivido, viven y recrean la calle, con estrecha relación a los hechos históricos, hitos urbano-arquitectónicos, lugares de encuentro, celebraciones, conmemoraciones, etc., que, al actuar como dispositivos de recuperación, reflexión y materialización, dan estructura a los recuerdos, cristalizados en una proyección- evocación de las memorias. La presente investigación se adentra en el recorrido de esta calle, intentando comprender y evidenciar su relación con los barrios por la que se despliega y a la ciudad de la que es parte. Los relatos de los vecinos amplían la narrativa, enriquecen la percepción y construyen sentidos y su proyección a lo largo del tiempo.

Palabras clave: Memoria colectiva. Cohesión social. Lugar vivido. Espacio practicado. Narrativas.



Abstract

Based on the application of the ethnographic method, the thesis *Collective Memories of Rafael Maria Arízaga Street* performs an analysis of a place of important historical connotation of the city of Cuenca. The memories of those who inhabit or inhabited the place are collected and recovered, investigating different perceptions on the imaginary of the neighborhood and the organization of the common space. A spatiotemporal location brings us closer and allows us to shape the collective memory of those who have lived, live and recreate the street, in relation to historical events, urban-architectonic milestones, meeting places, celebrations, commemorations, etc. These in turn, acting as devices of recovery, reflection and materialization, give structure to remembrances crystalized in projection-evocation of the memory. This research delves into the route of this street, trying to understand and demonstrate its relationship with the neighborhoods through in which it unfolds and the city of which it is part. Neighbors accounts broaden the narrative, enrich perception and bring meaning and projection over time.

Key words: Collective memories. Social cohesion. Lived place. Practiced space. Narratives.



Físicamente habitamos un espacio, pero, sentimentalmente, somos habitados por una memoria. Memoria de un espacio y de un tiempo, memoria en cuyo interior vivimos, como una isla entre dos mares: a uno le llamamos pasado, a otro le llamamos futuro. Podemos navegar en el mar del pasado próximo gracias a la memoria personal que retuvo el recuerdo de sus rutas, pero para navegar en el mar del pasado remoto tendremos que usar las memorias acumuladas en el tiempo, las memorias de un espacio continuamente en transformación, tan huidizo como el propio tiempo. Esa película de Lisboa comprimiendo el tiempo y expandiendo el espacio, sería la memoria perfecta de la ciudad (José Saramago, 2010 p. 26).



Índice de Contenido

Resumen	2
Abstract	3
Dedicatoria	12
Agradecimiento	13
Índice de Contenido.....	5
Índice de Ilustraciones.....	8
Introducción	14
De lo Conceptual.....	15
Estado de la cuestión.....	18
Objetivos.....	22
Objetivo General:.....	22
Objetivos Específicos:	22
Pregunta de investigación:	22
De la estructura de la tesis:	22
De la Metodología	24
CAPÍTULO I.....	28
1. La Ciudad Viva: Memoria Colectiva e Identidad.....	28
1.1. La ciudad: Espacio Social.....	28
1.2. Espacio público y espacio social: redes y relaciones.....	30



1.3. El barrio y la calle: Trayectos, usos y relaciones.....	32
CAPÍTULO II.....	36
2.1. Santa Ana de los Ríos de Cuenca: una aproximación histórica.....	36
2.2. Centro Histórico: De la cuadrícula fundacional a la expansión urbana.....	41
2.3. El Vecino, El Chorro y la calle Rafael María Arízaga	43
CAPÍTULO III	46
3.1 La calle Rafael María Arízaga en el imaginario	46
3.2 Habitar la calle: dinámicas de ocupación y convivencia, practicas identitarias y de memoria	49
3.3 Lugares de memoria.....	50
CAPÍTULO IV.....	52
4.1 Memorias en construcción	52
4.2 Actores Sociales.....	53
4.3 Barrios, familias y oficios	58
4.4 La religiosidad	65
4.5 Recorridos: Una puerta a las actividades en la calle Rafael María Arízaga	73
4.6 Los vecinos dibujan la calle. Mirar el Barrio, Sentir el Barrio	76
4.7 La calle en voz de los vecinos.....	82
4.8. El Presente en las otras memorias.....	86
4.9. Proyectos de interés sociocultural.....	95
4.10. La pandemia y un cierre no planificado de trabajo de campo.	99
Conclusiones.....	103



Referencias Bibliográficas	109
Anexos.....	112



Índice de Ilustraciones

Ilustración 1: Mapa.....	37
Ilustración 2: Mapa.....	39
Ilustración 3: La calle Rafael María Arízaga.....	41
Ilustración 4: Caminos que comunican a Cuenca con otras ciudades	42
Ilustración 5: Mural "El Chorro Cañamazo"	45
Ilustración 6: Rubén en la esquina de su antigua casa.....	59
Ilustración 7: Pasamanería Tosi.....	62
Ilustración 8: Virgen de la Merced, patrona de la barriada	67
Ilustración 9: Virgen de la Merced	67
Ilustración 10: Fabián Arízaga	69
Ilustración 11: La moto, un distintivo en la casa familiar	70
Ilustración 12: Raúl y Johnny en la ferretería.....	71
Ilustración 13: Premio al Patrimonio: Leonor, Teresita, Gerardo, Sonia y Adrián.	74
Ilustración 14: Novena barrial	75
Ilustración 15: Cartografía social: Los vecinos dibujan la calle.....	78
Ilustración 16: Plaza Julio Monroy y Monumento A la Virgen.	81
Ilustración 17: Raúl en el cine, El mercedario: Un cine barrial.	84
Ilustración 18: Mario, en su casa en el barrio El Chorro.	85
Ilustración 19: Berenice Hugo, gestora cultural y activista de la Fundación Mary Corylé	88
Ilustración 20: Acuerdo de Reconocimiento y Gratitud.....	88
Ilustración 21: Casa de los Poetas	89
Ilustración 22: Emblemático punto de memoria "El rollo"	91



Ilustración 23: Jorge Herrera, presidente del Barrio el Vecino	94
Ilustración 24: Economuseo	98
Ilustración 25: La Fortaleza	98
Ilustración 26: El Gran Akí	99

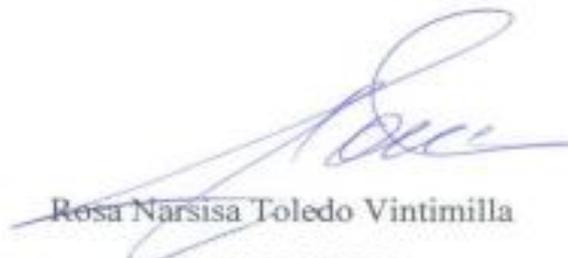


Cláusula de licencia y autorización para publicación en el Repositorio
Institucional

Rosa Narsisa Toledo Vintimilla, en calidad de autora y titular de los derechos morales y patrimoniales del trabajo de titulación "Memorias Colectivas en la calle Rafael María Arizaga", de conformidad con el Art. 114 del CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN reconozco a favor de la Universidad de Cuenca una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra, con fines estrictamente académicos.

Asimismo, autorizo a la Universidad de Cuenca para que realice la publicación de este trabajo de titulación en el repositorio institucional de conformidad a lo dispuesto en el Art. 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior.

Cuenca, 12 abril del 2022



Rosa Narsisa Toledo Vintimilla
C.I: 0101889053



Cláusula de Propiedad Intelectual

Rosa Narsisa Toledo Vintimilla, autora del trabajo de titulación “Memorias Colectivas en la calle Rafael María Arizaga”, certifico que todas las ideas, opiniones y contenidos expuestos en la presente investigación son de exclusiva responsabilidad de su autora.

Cuenca, 12 abril del 2022


Rosa Narsisa Toledo Vintimilla
C.I: 0101889053



Dedicatoria

A mis padres, memoria viva y custodios de mi memoria.



Agradecimiento

Muchas voces y muchas manos se juntaron en este trabajo. No habría sido posible sin el compartir con los profesores, con los compañeros, con los amigos, con la familia, con los vecinos. Mi profundo agradecimiento a Israel, Gabi, Mariana, Anaelisa, Pablo, Erika, María José, Lucía, María Fernanda, Elisabeth, Dunia, Mauricio, Eugenia, Nancy, Lorena. Gracias especiales a Raúl Daza, con quien recorrimos la calle tantas veces.



Introducción

La tesis *Memorias colectivas en la calle Rafael María Arízaga* se inscribe en la línea de investigación *La ciudad como encrucijada*, del programa de Maestría en Antropología de lo Contemporáneo; y propone develar las fracturas de la memoria en el espacio mencionado. La calle objeto de este estudio está ubicada en el extremo noreste de la ciudad, al límite del Centro Histórico, fue considerada desde sus orígenes como una vía de ingreso a Cuenca, su ubicación tiene una estrecha relación con la historia de la ciudad, se asienta en la parroquia El Vecino, y atraviesa los barrios El Vecino, El Chorro y El Cuartel. La ciudad de Cuenca fue declarada Patrimonio Mundial en el año 1999, y la calle Rafael María Arízaga está mencionada en la declaratoria como un referente histórico-cultural.

La presente investigación se sirve de la etnografía como punto de partida para el análisis de un espacio ocupado, que mediante las experiencias de quienes lo habitaron o habitan elaboran pensamientos en torno al imaginario del lugar; a la organización del espacio, a lo que sucede en su contexto inmediato (y) en relación con su devenir. Ubicarnos en el espacio-tiempo de la calle nos lleva a la memoria colectiva de quienes piensan, viven y la recrean, en relación con los hechos históricos, los hitos urbano-arquitectónicos, los lugares de encuentro, las celebraciones, las conmemoraciones. Se posibilita así la reproducción de recuerdos en una proyección-evocación de las memorias, su carácter cohesionador, en torno a contextos y experiencias, encuentra en la antropología un amplio terreno de exploración, y por tanto, componente esencial de la cultura. Una aproximación al estudio de la calle, nos confronta ante múltiples situaciones y han colocado nuestra mirada en el permanente presente de la memoria, con lo que, los



discursos y posturas que de ella devienen alimentan visiones y perspectivas en el imaginario de una calle, transformada por el tiempo.

De lo Conceptual

Situar a la calle como objeto de estudio a partir de la construcción colectiva de memorias brinda la posibilidad de vislumbrar un trayecto en relación a la producción simbólica de ocupaciones, acontecimientos, lugares, eventos diversos y otras formas de representación en el espacio urbano, y que nos sirven para entender las relaciones, los vínculos con el entorno, su presente y proyección en el tiempo, develando las dinámicas de conformación espacial y social que sucede en el ámbito de la ciudad. Para el trabajo que nos ocupa, hacemos referencia a la ciudad y el tejido urbano en tanto tejido social, nombrando de esta manera a la calle como estructura esencial cuyo tejido responde a un diseño urbanístico con el fin de cubrir requerimientos prácticos de quienes la usan, y en pertenencia a un barrio, y la ciudad, que, al contenerla, se abre como escenario idóneo para la interacción individual y colectiva de grupos diversos.

La calle es un elemento central de la vida urbana, que se nutre de las actividades humanas, cualquiera sea su naturaleza, y funge de contenedor de la historia y las memorias de la ciudad. Los barrios, las calles, los lugares de encuentro ofrecen un sentimiento de pertenencia que alcanza la intersubjetividad, al establecer un nexo de cercanía entre sus habitantes, quienes sujetos a espacios urbanos concretos conforman una comunidad; en este caso en particular, la de los habitantes de la calle Rafael María Arízaga.

Asumimos a la calle como escenario para la elaboración de memorias y la importancia que ésta tiene en el quehacer antropológico, al mencionarla como un



elemento constitutivo para la valoración de sus habitantes y que se han construido a partir de apropiaciones simbólicas, en los usos sociales y en lo local.

La interpretación antropológica abre paso a un paneo general en sus proyecciones en las dinámicas de ocupación, de habitabilidad y de apropiación acorde al imaginario construido por quienes habitan el lugar; y con lo que interpela, en sus múltiples maneras la pervivencia de otras memorias. A través de narrativas, la experiencia de los vecinos traslada su percepción en la calle fijada al hecho histórico que la ha definido; un hecho que connota así mismo una serie de conjeturas en torno al espacio físico en relación a lo patrimonial, por ser así nombrado.

Nos referimos al hecho de entrar a la calle, y a los encuentros con la gente, con la geografía, con los usos y apropiaciones; y en las definiciones por así decirlo, que se abren a partir de criterios sobre quienes pertenecen o no al lugar, o sobre el estigma que acarrea desde mucho tiempo. Esta investigación hace su entrada en la conformación de la ciudad por ser ella el macro universo que contiene socialidades de menores dimensiones, por lo que, la vuelta a la calle se interna en ese mundo. Mencionamos algunos datos que refieren al espacio social en las redes que la conforman, en la habitabilidad que la dan y en los trayectos que se conforman. Con estas apreciaciones traemos a consideración los aportes de, Lefebvre como se citó en Molano-Camargo, 2016, en cuanto a la noción de ciudad como estructura viva y dinámica, en la que cuenta la gestión comunitaria para generar un hacer colectivo en los espacios de representación. A esto añadimos lo que Gravano (2008) señala en cuanto a la dinámica social en la pertenencia, y en relación al otro. Y lo que Kuri Pineda (2016), pone en discusión al referir los elementos cohesionadores en los que se condensa la historia, el tiempo, el espacio, como escenarios de producción de memoria y el modo en el que el pasado interpretado moldea, no solo al presente, sino también al futuro. Al reflexionar sobre el espacio y el tiempo como dispositivos en la construcción



de la memoria, la asumimos como un recurso social y fenómeno cultural, que se deja ver en sus tensiones, en sus disputas, en sus fracturas.

Los espacios de memoria son producto de la relación entre espacio, lugar geográfico o imaginado, según la relevancia social al que nos remiten los recuerdos, en los que entran en juego vivencias y afectos. Son a la vez materiales, funcionales, simbólicos donde el pasado se encuentra retomado en el presente, no están dados, son reconstruidos y resisten solo si son revisados, reeditados y remodelados (Pierre Nora, 1992).

En cuanto los lugares de memoria y su representación aludimos al patrimonio, en particular el patrimonio edificado, por ser nombrado por los vecinos como un valor de relevancia en la calle. En alusión a los tramos reconocidos como tradicionales o patrimoniales deja expresa la necesidad de observar estas nociones y proponer una mirada a una elaboración no exenta de conflictos y que se torna en un dispositivo simbólico y de poder. En cuanto al carácter de exclusividad en lo edificado, trae también una intención en la necesidad de cubrir los aspectos físicos por los que la calle se reconoce, y que no es todo en su complejidad, es decir los contextos en los que la memoria emerge, y, que, al decir de Halbwachs (2004) encuentra en los marcos sociales las características para su producción. Al relato elaborado agregamos lo que Mancero-Acosta (2013) enuncia en torno a la identidad cuencana y que, en esta calle resalta en valores religiosos, de familia, y de vocación cultural. Criterios que a manera de correlato expresan lo que Delgado-Ruiz (2014) connota entre el espacio vivido, practicado en sus características, similitudes y diferencias, para recrear un mundo, que más allá de lo mítico, tome en cuenta lo que existe detrás de aquella línea fija o imaginaria que dibuja la calle; el espacio de los otros, en sus conflictos y diferencias.



Estado de la cuestión

Hacemos mención a algunos trabajos que abordan estas temáticas, teniendo en cuenta los enfoques en cada caso, con lo que pretendemos ajustarnos y aportar con otras miradas en la construcción de memorias, en las que ésta aparece permeable, acomodaticia, flexible, en constante negociación y disputa; de ahí que, su ruptura o discontinuidad, nos lleva a múltiples interrogantes y que buscamos encontrar en espacios particulares o concretos en la calle, su lugar de expresión.

En *La Ronda: Olvidar el barrio, recordar la calle*, Durán-Solís (2014) refiere los resultados del trabajo etnográfico con los habitantes del barrio, como parte en la que se emplaza la calle y la experiencia de trabajo colaborativo y de activismo, que, a criterio de la autora, remarca la necesidad de los vecinos de “devolver la mirada a la vida cotidiana y memoria social de quienes habitaron el barrio La Ronda en las tres décadas previas a 2006” (Durán-Solís, 2015) Este caso en particular identifica algunas variables a momento de pensar la calle y el barrio en su extensión en relación a los hechos relevantes de identificación con la hispanidad quiteña.

Bajo esta perspectiva, se sugiere pensar la identidad de la calle, en los procesos que trae consigo la apropiación de espacios, identificándolos bajo ciertos recuerdos y significados. De ahí que se podría pensar la vinculación que se da entre los trabajos de memoria barrial en los círculos laborales, deportivos, culturales, religiosos, que resultan ser más cercanos y calar de mejor manera en la mente colectiva y su recuerdo y de quienes la producen socialmente. Es decir, el sentido de la relación se da por el efecto mismo entre los individuos que conforman el colectivo y crean una realidad compartida e identificable de otras.



Es así que la calle como objeto de estudio, brinda la posibilidad de observar las formas en las que la memoria se devela en los espacios y en la significación que estos generan. En la calle en mención, si bien el valor histórico, estético, patrimonial ha servido para el relato de los vecinos, es la construcción de la memoria la que se proyecta a sí misma hacia futuras demandas en torno a la autonomía, por los espacios, por los recuerdos, y por las aspiraciones de quienes la habitan.

En este contexto, lo que se elabore a partir de la calle Rafael María Arízaga, sucede de la intrínseca relación con los barrios por los que atraviesa; uno de ellos, el que ha sido mayormente nombrado, El Vecino. Una referencia no tan equitativa con los otros barrios dado que el trabajo de campo se vio afectado por la pandemia a partir de marzo de 2020.

A partir de ahí, se marca una relación en torno a la calle y sus memorias.

Una calle en la que se levantan edificaciones patrimoniales, proyectos de vinculación social y obra pública, entre la evocación de quienes residen y la dinámica social circundante. En este aspecto, referirse a la calle en tanto representación de un ideario histórico trae consigo un interesante caso para la discusión de los procesos de memoria colectiva y sus disputas, y, que amplía la necesidad de interpretarla como reducto que condensa dinámicas distintas en torno a un hecho común.

En el imaginario social, así como en los planteamientos del gobierno local al hablar de la calle se menciona en su trayecto reconocido como espacio patrimonial; en este sentido, se hace mención a lo tradicional, lo cívico, como valor; en tanto que, lo guardado en la memoria sirve para ponderar aquello que ya no existe y por lo que hay que trabajar; es decir, quienes habitan la calle hoy transitan entre el deber ser de una calle que brilló gracias al trabajo artesanal y que dejó de serlo. Esa ausencia, producto del éxodo de muchas familias de artesanos hacia otros sectores de la ciudad o hacia el extranjero



modificaron para siempre la dinámica de la calle y la vida de quienes aún conviven ahí. Un hecho que, sin embargo, vuelve a sonar, en voces de algunos vecinos al momento de resaltar valores para hacer que la gente vuelva a ella. Cardoso (como se citó en Álvarez, 2019) apela a los hechos producidos en la cotidianidad y en la convivencia a través del tiempo en tanto contenedores de memoria, al sostener que son “los adultos mayores quienes conservan vigorosos esas expresiones en cuanto aseguran la transferencia de conocimientos culturales” (p.163). Y la necesidad especialmente de ellos, en devolver el lustre a la calle. Algunas acciones de vecinos continúan en la actualidad con la expresa intención de que la calle vuelva a vivir, vuelva a brillar.

El abandono por el que pasó la calle hasta entrada la segunda mitad del siglo pasado, sirvió también para que aspiraciones del gobierno local volvieran su mirada a ella a través de la incorporación de propuestas con la Junta de Andalucía, para devolver la habitabilidad al Centro Histórico, y que pone a Quito en la lista con acciones similares. Un hecho que se consolidó también con la declaratoria de Cuenca ciudad patrimonio mundial en 1999 y que pondera a la calle como eje fundamental.

Algunos casos de calles del Centro Histórico de Quito sirven de referencia a los vecinos cuando hacen alusión a modelos de gestión que consideran interesantes para emular, y, no solo eso, sino, el deseo, por así decirlo, de convertir a la calle en un enclave importante para el turismo. Al decir, por ejemplo, lo lindo que sería convertirla en una calle La Ronda, o incluso en una Calle Larga. Lo que engrandece la idea de los vecinos, que, amparados en la historia memoriosa la adhieren para que cumpla sus aspiraciones.

En, *El Vecino, historias y patrimonios en un barrio obrero*, (Tómmerbakk-Sorenden, 2021) el trabajo de memoria, que transversalmente marca la publicación se refiere a los patrimonios que contiene el sector, enfatizados en la materialidad, y en



especial en la memoria colectiva de sus habitantes, una valoración que consideramos pertinente con nuestra investigación.

Por su parte, Delgado y Malet (2007) en, *El Espacio Público como ideología* resaltan la valía del hecho social en las memorias que en ella se producen, lo que agranda la experiencia urbana, que transita entre el conflicto y la diferencia. En la mencionada calle, Delgado y Malet (2007) exhortan una reinterpretación del hecho histórico y las maneras en las que éste relato ha servido para idear un imaginario, que, a su decir “no representan la ciudad, sino que son la ciudad, de la misma manera en la que los seres humanos no interpretan la ciudad, ni siquiera la leen, sino que simplemente la viven” (Delgado y Malet, 2007, p.100). En atención a la perspectiva de los mencionados autores, hacer un trabajo de memoria en la calle implica atravesar los límites territoriales hacia un reducto reivindicativo, que pudiera expandirse más allá de las ocho cuadras reconocidas por los vecinos como “lo histórico-patrimonial”, ahí donde pervive la memoria colectiva, con lo que podemos colegir, que esta investigación, podría dar paso a la lectura de nuevas narrativas en esa construcción que acaba siendo la memoria.



Objetivos

Objetivo General:

Develar las fracturas de la memoria en la calle Rafael María Arízaga

Objetivos Específicos:

- Observar las formas en que los habitantes perciben a la calle como contenedor de memoria
- Interpretar las narrativas que alimentan el imaginario colectivo de los habitantes
- Elaborar un documento que permita conocer de qué manera las vivencias de los vecinos se condensan en torno a la memoria de la calle.

Pregunta de investigación:

¿De qué manera se develan las fracturas de la memoria en la calle Rafael María Arízaga?

De la estructura de la tesis:

La tesis está estructurada en cuatro capítulos. Los tres primeros se articulan a partir de nociones y elaboraciones en referencia a la ciudad como espacio social; a la relación histórica y de contexto en la que se ubica la calle en cuestión. El primer capítulo aborda la noción de ciudad que además de contener y producir memoria, resalta como escenario social por excelencia y da cabida a múltiples expresiones sociales. Articulada en torno a su conformación original sitio para la socialización de grupos humanos que además de precisar de espacios para su expresión, basan comunidades a partir del arraigo y una tradición cultural que los identifican, A partir de su conformación en lo físico nombramos al barrio en tanto activo social, y, a la calle para el encuentro en lo cotidiano, donde se entrecruzan narrativas, ecos de memoria y su proyección.



En el segundo capítulo nos acercamos a la conformación histórica de la ciudad de Cuenca a partir de los asentamientos iniciales, la organización cañari, la ciudad Inca, la ciudad de corte hispánico fundacional, a la ciudad de la contemporaneidad y la relación que se da en ella y a través de la misma. Esto en relación a los órganos administrativos y de control, y a los barrios que se fueron conformando posteriores a la fundación oficial. Una delimitación que marcó el Centro Histórico y los barrios periféricos entre los que están los barrios del Vecino, el Chorro, el Cuartel.

El tercer capítulo señala algunos factores que dieron carácter a la calle y las dinámicas en sus áreas de influencia con el repunte económico que trajo el trabajo de la paja toquilla, y lo que esta condición perfiló en el imaginario; desde su ubicación, en perspectiva del centro de la ciudad. Una calle que mira a la ciudad que se emplaza abajo, y en la que los espacios que la atraviesan la van definiendo y dotando características particulares.

El cuarto capítulo aborda los hechos que producen memoria y que al replicarse la determinan como un elemento crucial para connotar escenarios cuya significación amplían nuestra comprensión sobre ella y que subyace en la memoria colectiva de quienes lo habitan.

Las tensiones y continuidades van por una relectura entre las rupturas de la memoria, las posturas personales e institucionales, los deseos y aspiraciones de los vecinos y las gestiones independientes y de la administración local a partir de procesos de readecuación de espacios públicos, en la oferta habitacional, y de servicios, que, al ubicarse en la calle, dan la sensación de que aquel despliegue de “nuevas gentes” o nuevos procesos va a elevar la calidad de vida. Añadimos a este apartado una lectura que atañe la multiplicidad en su ocupación, lo que la torna en un espacio diverso y de relación que



da paso a la conformación de un espacio de características sociales y culturales en diálogo con el criterio histórico-patrimonial, y que, en la experiencia de los vecinos guarda relación con la calle conformada entre el lustre que una vez tuvo y la necesidad de su recuperación.

De la Metodología

La investigación plantea el levantamiento etnográfico sobre la memoria colectiva en la calle Rafael María Arízaga. A través de un enfoque cualitativo, multivocal y multisituado, este estudio nos da una pauta para entender lo que se ha hecho o se ha dejado de hacer tanto en lo cotidiano cuanto en la dinámica barrial. Pusimos atención en las formas en las que los vecinos se relacionan con el espacio en el que viven, lo que guardan en su memoria, y, por tanto, al ser ellos nuestros actores directos, abordamos el trabajo en razón de sus experiencias. Lo que fue el punto de partida para entender ciertas dinámicas y supuestos con los que nos acercamos al trabajo. Dentro de éstos, atestiguar el hecho significativo que guardan en sí sobre la calle a partir de su elaboración histórica, -a la que el relato memorioso vuelve-, la que nos ha sido contada, y, lo que encontramos a lo largo del trabajo: memorias disputadas, fracturadas, y en construcción permanente.

Observamos la visión de dos autores, Guber (2001); Portelli (2017), cuyo enfoque del método etnográfico sirven a este trabajo como marco referencial para aproximarnos al objeto de estudio e interpretar la información obtenida. En este sentido, partir de la etnografía en tanto enfoque aplicado para comprender los fenómenos sociales desde una perspectiva de sus actores; en las que percepción y sensibilidad nos guían en el tratamiento de la información, ya que: “el investigador parte de una ignorancia metodológica y se aproxima a la realidad que estudia para conocerla” (Portelli, 2017, p.7).



Los apuntes de Portelli (2017) refuerzan el sentido del relato como experiencia interpretativa, la historia mencionada de manera oral no solo dialoga sobre lo acontecido sino también de lo que la gente deseaba que sucediera, o de lo que la gente estimó que estaba ocurriendo. En este punto, el testimonio oral al encerrar relatos de lo vivido actúa como un proceso epistemológico, al contener voces, pensamientos y sensaciones de quienes van armando un relato y que los vivimos en los encuentros suscitados o programados para el efecto.

El contacto que tuvimos con el Director del Economuseo, fue la puerta a conocer actores claves en nuestra búsqueda; uno de ellos, Raúl Daza, con quien elaboramos un listado de personas, lugares y eventos. Se articularon grupos según sectores, y la convocatoria personal a sus amigos de la época para su participación en este proyecto. Elaboramos hojas volantes, se socializó con los vecinos el motivo de nuestra presencia, se planificó la realización de la cartografía social, pensada para los barrios El Vecino, El Chorro, El Cuartel, las Secretas, mismas que no se pudieron llevar a cabo por la pandemia, a inicios del 2020, año en el que programamos nuestro trabajo de campo. El chat por Whatsapp sirvió de canal informativo; también las llamadas, o a los teléfonos fijos, a través de contactos entre amigos y conocidos en locales del sector: la ferretería, la farmacia, el taller de cerámica, la casa de una vecina.

Es interesante acotar el carácter de una etnografía multisituada, que acorde a Marcus (2001) se refiere al pasado anclado a un presente y acorde a un marco temporal, en la que las voces de los vecinos van construyendo la memoria del lugar, lo que nos ayuda a interpretar y enriquecer nuestra búsqueda. En esa temporalidad, es que los adultos mayores jugaron un rol al ser a quienes acudimos, en primera instancia. De esta experiencia se desprende el peso que tienen en cada una de las interpretaciones, las



percepciones y conocimientos de quienes han vivido, y continúan viviendo a través de la memoria.

Recorrer la calle se volvió una práctica cotidiana y sirvió como un reconocimiento de relación, de proximidad en tanto entorno físico y en su simbólica de vida y sociabilidad.

Se realizaron recorridos individuales y colectivos en repetidas ocasiones y a distintas horas del día. A partir de los recorridos se abrió la posibilidad de conocer gente, de conversar con los vecinos, de entrevistarlos y recoger sus testimonios, de cartografiar el espacio, y de participar en una serie de actividades.

A partir de reuniones, entrevistas, y la participación en conversatorios, talleres, eventos sobre ciudad y las calles se extrajeron datos importantes para la investigación; apuntes que se enriquecieron al elaborar las notas de campo en conjunción con material bibliográfico, la consulta a distintas fuentes y personas conocedoras del tema.

Se levantó información para crear un registro etnográfico: búsqueda, selección y contacto con informantes en cada uno de los sectores a lo largo de la calle: El Chorro, El Cuartel, El Vecino, Las Secretas, La Tercera Zona Militar.

Eventos en los que participamos: eventos religiosos; la novena y el agasajo de navidad; la procesión en honor a la Virgen de la Merced; la celebración eucarística de consagración de las familias a Cristo Pobre en la Iglesia de San José de El Vecino, eventos socio-culturales; asistencia al bingo barrial, desfile por el día del Patrimonio.

Reuniones para definir la participación de los barrios por la celebración del Bicentenario de Cuenca; caminata al Parque de la Libertad; Pase del Niño de Cuenca, que, a diferencia del Gran Pase del niño Viajero, que recorre el centro de la ciudad, este



parte de la Iglesia del Vecino y recorre la calle Rafael María Arízaga hasta la Benigno Malo; además, otra actividad fue la del desfile a lo largo de la calle utilizando prendas elaboradas en paja toquilla.

Participación en reuniones barriales sobre temas de seguridad y cuidado de bienes patrimoniales ubicados en la calle: la Casa de la Picota, la Casa de los Poetas.

Además, se realizó registros fotográficos de la cotidianidad barrial a lo largo de la calle y de los vecinos del lugar. Los datos recogidos en cada una de las actividades fueron registrados en diarios de campo y luego transcritos para la sistematización y procesamiento de la información que da origen a este documento.



CAPÍTULO I

1. La Ciudad Viva: Memoria Colectiva e Identidad

1.1. La ciudad: Espacio Social

En sus orígenes la ciudad dista de ser lo que conocemos, los grupos humanos, aún antes de ser completamente sedentarios, tendrían recurrentes sitios de casa o de refugio, los cuales, al ser ya familiares por su cercanía con los recursos como el agua, serían de su preferencia, poco a poco los irían ocupando de manera permanente. La familia se constituye en eje de las agrupaciones humanas. Pero existe otra motivación más allá de los aspectos meramente prácticos, y es que, sin lugar a duda, la visión mítica y mágica, que otorgaba a los sitios un valor intrínseco generando un arraigo basado en una memoria colectiva y en una tradición cultural que formaría con el tiempo un conjunto de creencias y normas de relación entre los miembros que pertenecían a un determinado grupo y que no es exclusividad de las ciudades, sino que aplica a los grupos humanos en su totalidad. Las características físicas y las necesidades prácticas por sí solas no determinan entonces el desarrollo de una ciudad, los seres humanos requieren de una motivación adicional para cimentar su relación y esa motivación tiene que venir de las creencias comunes, de la forma en la que entienden el mundo y la existencia.

En un inicio las ciudades no serían más que un conglomerado de lugares de habitación,

...casas rectangulares a dos aguas o cuadradas con claraboyas a lo alto del muro y entradas al techo, para conformar ciudades-fortaleza como Catal Höyük (VII milenio a.C.) con ausencia de calles y vanos en todas las casas que circundaban la ciudad, lo que la hacía inexpugnable. (Romero-Rincón, 2013, p. 15)



En estos habitáculos comunitarios no se perfilaban aún las dinámicas de una ciudad contemporánea, pero al crecer los grupos humanos, surgieron nuevas necesidades también en cuanto a la habitabilidad de los espacios, la diferencia de funciones de los grupos humanos va definiendo clases dentro de una sociedad, y de esta manera se erigen grupos de poder que priorizan sus necesidades y que promulgan nuevos conceptos de ordenamiento y de interrelación entre los miembros de un grupo. Se determinan también funciones de un espacio físico modificado a los requerimientos de una población.

La ciudad contemporánea se ha ido construyendo gracias a diferentes fenómenos sociales y económicos que la van constituyendo, una ciudad posee habitantes regulares, una población fluctuante, y se alimenta con nuevos habitantes que se sienten atraídos por los centros urbanos a los que migran buscando un cambio de vida. Al ir creciendo las ciudades se hizo indispensable la creación de normativas de expansión y de gestión, pero por si solos los centros urbanos adquirieron un carácter particular, un distintivo peculiar marcado por su emplazamiento geográfico, sus características físicas y la idiosincrasia de sus habitantes.

Existen múltiples maneras de abordar el significado de ciudad; una aproximación antropológica supone rebasar la frontera de lo físico-geográfico, de manera que se vislumbre como un escenario para distintas formas de expresión social en el que diversos grupos humanos se adscriben y expresan su identidad.

Desde el punto de vista de la infraestructura y sus usos, la ciudad está sujeta a su evolución histórica y a las políticas de ordenamiento que rigen la construcción. Los criterios de espacios verdes, viabilidad, infraestructura recreativa, servicios y demás forman parte de la gestión política, en la que los gobiernos locales tratan de crear un discurso de bienestar democrático para los habitantes.



En este contexto, de especificidades físicas concretas sobresale la calle como una forma de espacio social, que se muestra a sí misma como una esfera y escenario de significación y que pervive a tono con la ciudad que se expande en las múltiples formas de vida de quienes la ocupan, la significan y resignifican permanentemente. Es evidente entonces que cuando se habla de ciudad se habla de un espacio dinámico, vivencial, orgánico, que más allá de la imagen que se pueda proyectar al exterior de sí, debe su plenitud a sus habitantes, quienes son los portadores de sus valores históricos y culturales, y quienes, desde su propia percepción y capacidad para imaginar, pueden resignificar, o moldear un imaginario de ciudad a un espacio abierto y significante de una realidad social. Con lo que podemos señalar que “el espacio solo existe en tanto es usado, que es lo mismo que decir atravesado”, (Delgado-Ruiz, 2014, p.4) y nos acerca a uno de los conceptos primordiales de Lefebvre (como se citó en Molano-Camargo, 2016) autor proponente del derecho a la ciudad, que al referirse a ella exhorta pensarla a partir de las categorías de valor que esta adquiere en quienes la perciben, la imaginan y la viven.

De esta manera nos trasladamos a pensar en la multiplicidad de variables que pueden contener y connotar sus calles, sus plazas, sus espacios múltiples como escenario de disputa y de fiesta, de encuentro; como espacio de relaciones donde identidades y memorias otras se juegan frente a lo constituido y lo cotidiano y en donde el espacio se convierte en un escenario de conflicto y de conquista.

1.2. Espacio público y espacio social: redes y relaciones

Al asumir el espacio como un lugar practicado, estamos ingresando a un terreno cuya connotación exhorta el sentido que se da a la socialización en los espacios, y por tanto al tránsito del espacio geométrico al espacio antropológico, un concepto trabajado por Augé (2000), quien lo sugiere como una construcción concreta y simbólica del



espacio, con características identificatorias, relacionales, y lugar para la producción y reproducción cultural. Constituye esa esencia de lo humano que atraviesa la percepción física, al cargarle de significado y de vitalidad y que otorga sentido a los espacios habitables de una ciudad. A este criterio agregamos lo que para Delgado-Ruiz (2014) viene a ser el hecho de la acción transformadora que trae quienes la viven, y la significan, y en cuyo entorno urbano real, da cabida a la heterogeneidad de visiones y formas; y, reconoce en el espacio la pluralidad de sus usos, significados y funciones y lo connota como un espacio,

...de y para los encuentros, las intersecciones, territorio de exposición y de riesgo y que es algo más que espacio por todos percibido y que encuentra en la calle su naturaleza de sitio y el de una auténtica institución social”.

(Delgado-Ruiz, 2014, p. 18)

Detentan también una connotación político-simbólica entendida en el sentido de ocupación y habitabilidad en la que cada uno de los habitantes la reconoce como suya y en relación con el otro, y de ahí las formas sociales que estos espacios representan y por tanto el papel que juegan ciertos lugares comunes como la plaza, el mercado, la estación, el parque, o la calle misma, lo que en palabras de Molano-Camargo (2016) se menciona: son los ciudadanos los que construyen la ciudad. Con esto nos acercamos a la comprensión de la ciudad como una manifestación compacta y no aislada de la dinámica social; en la que es fundamental la acción social de las personas.

Para considerar a un lugar como un espacio antropológico este debe ser visto sentido y pensado como un entorno de experiencias y vivencias humanas, nutrido de sentires y apropiaciones personales, y de identidad colectiva.



Se puede ver a la calle como un universo y unidad distintiva en sí y, por tanto, un acceso a múltiples realidades; es decir, la calle en tanto manifestación de una socialidad expresa, en el que se replican prácticas sociales y culturales que impone la dinámica urbana, en respuesta a manifestaciones propias de espacios vivos.

En una ciudad se tejen redes estructurales que conectan entre sí a los distintos espacios, redes de servicios, redes de comunicación, pero existen también las redes personales, las redes sociales, las personas que se relacionan en el entramado ciudadano, que se mueven por las calles y barrios y los habitan, los ocupan y, a su vez, les dan un sentido, y les otorgan un carácter vivencial. Los espacios de la ciudad se vuelven parte de la memoria colectiva, se convierten en recuerdos, en remembranzas, en hitos históricos, en referentes, en puntos de encuentro y desencuentro, en escenarios de dramas personales y sociales. Ese es el verdadero carácter de la ciudad en el que las prácticas urbanas entretejen entramados rizomáticos, lleno de cruces, permeables, marcados por intersticios, por relaciones, afectos, sensaciones y motivaciones.

1.3. El barrio y la calle: Trayectos, usos y relaciones

Los barrios son áreas urbanas relativamente amplias con algunas características comunes que los cohesionan y les dan carácter propio, en estos espacios los grupos humanos crean un sentido de pertenencia que otorga valores identitarios. Un barrio contiene relaciones sociales complejas que lo distinguen de otros, supone esa porción de la ciudad que le es familiar al individuo, el área con la que se identifica, en donde se encuentran los espacios familiares, los negocios conocidos, con la gente que es parte de una especie de familia agrandada. Por extensión todas las áreas de la ciudad delimitadas de alguna forma son un barrio, pero para el habitante el barrio es esa porción personal de la ciudad.



Para Gravano (2008), la vida de barrio implica dominar un sistema de valores y referentes en lo cotidiano; un sentido resultante de las relaciones que los vecinos establecen entre sí y con el entorno, siendo por tanto importante el arraigo; con lo que cabría pensar en perspectiva el sentido de pertenencia a un lugar físico, -como el caso de un barrio en particular- y la trascendencia que podría tener la presencia del otro; a saber, un habitante, morador o vecino que se identifica con el lugar por cadenas de relaciones que establece con determinado territorio. Un otro distinto de aquellos que se reconocen a sí mismos como vecinos históricos, o de cepa. Estas consideraciones se dan en la práctica cuando transformaciones socioeconómicas amplían las relaciones sociales y el barrio pasa a ser habitado por personas de distintas procedencias y actividades, dando paso a nuevos habitantes y, por tanto, nuevas dinámicas y sentidos de ocupación. El sentido del otro puede también darse respecto de los vecinos de otro barrio diferente.

Memoria, identidad y pertenencia actúan como elementos de cohesión en la conformación del barrio, a criterio de Kuri-Pineda (2017) “actúa como un artificio intersubjetivo en donde los procesos de construcción de sentido se vinculan con una dimensión afectiva donde la experiencia vivida e interpretada, y la memoria se nutren” (p. 169). Sin duda, la conformación de barrios marca desde su configuración histórica funciones de apropiación territorial de grupos humanos, cuyas actividades determinan el desarrollo de las ciudades; siendo por tanto primordial el sentido de lo comunitario ante el entorno físico y territorial.

Bajo estas consideraciones, el barrio, y la calle, que se podrían considerar unidades mínimas de la ciudad, emergen como esferas prácticas y simbólicas de unidades habitables trasladados a escenarios de vida y de memoria, que al manifestarse en sentidos compartidos acotan lo que Gravano (2008) considera como una condición natural, y por tanto la importancia de los sentidos del habitar y el convivir en una parte del espacio



urbano para entender lo que lo contiene: a saber; socialidades, heredades, apropiaciones y disputas de quienes la viven y la habitan. Es decir que habría que pensar las connotaciones del despliegue del espacio físico-material en los que la impronta del tiempo conjuga con el espacio inmaterial, -el de los afectos y emociones-, con la proximidad en el espacio, la repetición de prácticas identificatorias, lo que crea, por tanto, cualidades espaciales y hace de los espacios escenarios culturalmente diferenciados.

La distinción de barrios en trayectos a lo largo de la calle pone de manifiesto los valores propios del espacio que en su mayoría se vuelve un nexo común entre los habitantes. Esto nos permite un acercamiento al sentido de lo barrial entendido desde una conjunción de valores que la población las reconoce como tal y asumida como categoría urbana en el arraigo. Anotamos lo que Durán-Solís (2014) expresa como una realidad añorada en la vida urbana contemporánea y que transita entre una elaboración histórica, un imaginario de calle y unos valores provenientes del pasado que en el presente activan sentidos de disputa por el territorio, la identidad y pertenencia.

En tanto un activo social, el barrio conforma una fuente referencial en la organización del espacio, aprehendida como una unidad heterogénea y cambiante en el ámbito de la dinámica urbana y, por tanto, parte constitutiva en la historia de las ciudades con su propia organización y evolución. El espacio es un lugar practicado, nos dice De Certeau (1996), de manera que la calle -geométricamente definida por el urbanismo-, se transforma en espacio por intervención de los caminantes. Así, deviene en un lugar hecho por los otros; el de los sujetos, quienes en el trabajo cotidiano lo van marcando en sus trayectos y que funcionan en un espacio que antes que un orden fijo e inmutable opera marcando territorios y modificándolos para volverlos lugares de experiencias. Para este autor, la ciudad ofrece la posibilidad de una experiencia metafórica, en la que las prácticas del andar por la ciudad construyen sentidos y significados. Al ser resultante de un



conflicto permanente entre poder y resistencia; un poder que puede ser subvertido por las prácticas cotidianas de aquellos que la habitan.

La calles son el espacio de encuentro cotidiano, son ruta y escenario social, su entramado teje la dinámica de la población, es el espacio público y es el lugar de encuentros y desencuentros de las actividades humanas, aún cuando una calle fuese solamente una ruta hacia un destino determinado es un espacio en dónde múltiples situaciones se suceden y coexisten, a la vez, al ser el espacio público tiende a invisibilizar al sujeto, que se torna en una presencia fugaz, no obstante quién habita una calle no es ya ese transeúnte anónimo, es un espectador de sucesos que acontecen ante sus ojos.

En estos espacios los sujetos comparten, -a más del espacio físico que lo conforma- prácticas cotidianas, sistemas de valores, nociones y percepciones sobre el lugar en el que habitan, además de acciones sociales vinculantes a un ideario de convivencia y participación ciudadana necesarios para el diario vivir. En la dinámica social surgida a tono de prácticas de vida y relaciones de vecindad en el día a día, emergen grupos organizados en los ámbitos sociales, culturales, educativos, religiosos o deportivos, que, en sus múltiples demandas apelan, entre otras cosas a los usos y la reivindicación por la ocupación del espacio público, por la participación en la toma de decisiones en relación con la dinámica territorial, sus memorias y otros valores que forman parte de la historia de la ciudad.



CAPÍTULO II

2.1. Santa Ana de los Ríos de Cuenca: una aproximación histórica

La Ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca se fundó oficialmente el 12 de abril de 1557, encargo hecho a Gil Ramírez Dávalos por el entonces Virrey del Perú, Hurtado de Mendoza. Según Jamieson (2003) el área elegida para la fundación y ahora ocupada por la ciudad incluye restos arqueológicos anteriores al período Inca, lo que demuestra que fue un asentamiento cañari con una historia de más de quinientos años de ocupación, conocido como Guapondelig, posteriormente ocupado por los Incas, y que sería conocido como Tomebamba. Max Uhle gracias a las excavaciones realizadas en 1919 en la hacienda Pumapungo, encontró clara evidencia de un gran centro religioso y administrativo Inca, situado al sudeste del casco colonial de la ciudad, lo que sugirió que Cuenca está ubicada en la que fuera la ciudad Inca (Barrera, 2004).

La ciudad tiene como podemos ver antecedentes históricos de relevancia, precisamente antes de la fundación oficial española, el sector ya tenía interés por la explotación minera que se realizaba en las zonas cercanas, y porque era una zona agrícola. Carpio-Vintimilla y otros (1987) acotan que, si bien los historiadores están de acuerdo con el relato de que la orden de la fundación fue dada por Hurtado de Mendoza, virrey del Perú, a Gil Ramírez Dávalos, este hecho es más que nada una legalización de un asentamiento español que ya tenía más de dos décadas, las necesidades de comunicación y control político motivaron la legalización del asentamiento, ya que la ocupación de la zona no bastaría por sí misma para justificar esta acción.

Las calles fueron trazadas en la forma de damero, característica de la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas, orientadas de acuerdo con los puntos cardinales, observando la carrera del sol. Debían tener la anchura necesaria para que pudieran

transitar dos carretas. Se estableció, además, la jurisdicción civil y criminal. Se determinó que área estaría bajo la administración de la ciudad; por el norte, hasta Tixán; por el sur, hasta el río Jubones; por el este, hasta Macas; y, por el oeste, hasta la isla Puná¹ (Carpio-Vintimilla et al., 1987). (Ver Ilustración 1).



Ilustración 1: Mapa

Fuente: Sarmiento, A.

Siguiendo las disposiciones de La Corona se erigió la Plaza de Armas, y en sus dos flancos se establecieron los sitios para los órganos administrativos, de control y la iglesia, más la horca y la picota que eran parte de esos poderes centrales. Se destinó solares para los colonizadores y se dejó los ejidos para las áreas expandidas. En el centro de la traza debían instalarse los blancos que incluían a españoles, portugueses, e italianos, (casi todos comerciantes), (Arteaga, 2014). Fuera de la traza debieron habitar los aborígenes, a los cuales fueron asignados dos lugares que luego se erigieron en parroquias de indios: San Sebastián y San Blas, y hacia la colina de Culca y el Barranco del Río Tomebamba: “tomaron posesión de las propiedades agrícolas, señalaron el lugar de la

¹ Un plano de Cuenca, en base de los documentos de la fundación, fue elaborado por el historiador Octavio Cordero Palacios, adjudicado por Sarmiento A. (mapa 1).



Plaza Mayor y de la Plaza de Todos Santos; poblaron y trazaron la calle. Santa Ana e instalaron los molinos de granos a orillas del río Tomebamba” (Salazar, et al., 2004 p. 28).

La expansión a partir de bloques y calles en sentido ortogonal que orientó el damero colonial daría paso a lo que más tarde se consolidaría como el Centro Histórico de la ciudad, que flanquea al sur con la barrera natural del río, por el norte y el este con caminos fuera de la cuadrícula; con lo que pudo haber correspondido a un sistema de vías que muy probablemente, deben haber existido antes de la llegada de los españoles. La organización territorial en los antiguos pueblos incas-cañaris de Tomebamba en torno a caminos vinculantes, así como la existencia del trazado de calles y plazas, -que se mantuvieron-, daría paso a las futuras parroquias urbanas de Cuenca (Páez-Barrera, 2011). Determinaciones espaciales que servirían también en la orientación de la nueva ciudad con relación a los principales caminos que salían por el norte por la llamada Calle Vieja hacia Quito, y al sur por Gapal y Turi y la Avenida Loja.

En los años que siguen se consolidarían áreas fuera de la cuadrícula fundacional, en los llamados ejidales, amplias zonas verdes ubicadas en distintas áreas de la ciudad, mayormente en las planicies colindantes a los ríos Tomebamba y Yanuncay hacia el sur, marcando un límite natural de zonas abiertas convertidas en terrenos comunales donde se asentaban las llamadas quintas, cuadras con huertas, lo que evidenciaba espacios para el desarrollo de actividades agrícolas y ganaderas, ampliando de esta manera la dinámica comercial que se desarrollaba en el centro de la ciudad. Ya para el siglo XVIII la población aumentó considerablemente; de los 9.000 habitantes hacia 1825 a casi 20.000 en 1860. La ciudad llega a tener aproximadamente 30.000 personas hacia 1920 (Donoso-Correa, 2016). La calle principal que atraviesa por la Plaza mayor (hoy calle Bolívar) conecta a las parroquias de San Blas y San Sebastián, cuyas iglesias perfilan un particular

espacio en el ordenamiento urbano para dar paso a lo que se podría considerar la conformación de una arquitectura doméstica en sus conjuntos menores que, más tarde pasarían a conformar los barrios tradicionales de la ciudad (Jaramillo, et al., 2004). Para fines del siglo XIX, conforme al plano de Tomás de Rodil (citado por Sarmiento, A.) (Ver Ilustración 2), la ciudad mantiene estos límites: por el norte la calle Rafael María Arízaga y el molino de Culca; por el sur la calle Larga; por el este la Av. Huayna Cápac, y por el oeste la calle Octavio Cordero.

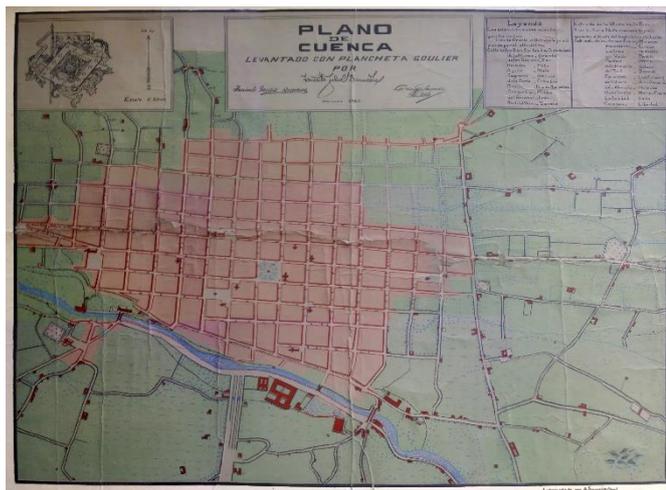


Ilustración 2: Mapa

Fuente: Sarmiento, A.

La arquitectura colonial doméstica en Cuenca, como en el resto de las ciudades andinas, fue producto de una tradición artesanal, a diferencia de las obras públicas en las que un arquitecto o capataz dirigía la construcción de acuerdo con un estilo arquitectónico más codificado. Se puede afirmar que la arquitectura andina es el resultado de la conjugación que hacían los constructores de las prácticas indígenas prehispánicas, el conocimiento arquitectónico académico europeo y las tradiciones arquitectónicas vernáculas.

Hasta mediados del siglo XIX, la ciudad no había variado demasiado con respecto al siglo anterior, manteniéndose el trazado de damero. La calle principal seguía entre San



Blas y San Sebastián. La calle principal, que atraviesa por la Plaza mayor termina por una parte en la iglesia parroquial de San Blas, y por otra con la iglesia parroquial de San Sebastián, las cuales se miran una a otra, por la derecha y bella calle de dos millas. (Jaramillo, et al., 2004).

La organización física del espacio urbano en la mayoría de sus calles fue interceptada por veredas en ángulo recto y delineadas paralelas a las acequias que corrían de norte a sur. En el Vecino estaban tierras dedicadas a la agricultura y pastoreo, quintas y casas con jardines, rodeadas de arboledas que posteriormente se urbanizaron dividiéndose en lotes grandes e irregulares. Durante la década de los veinte del siglo pasado, la conexión de la ciudad con las distintas áreas del país se hacía a través de rutas puntuales, siendo una de ellas la calle Antonio Borrero, que enlazaba los barrios de El Chorro y El Vecino, y que se articulaba con la calle Rafael María Arízaga hacia el Oeste con las lomas de Cullca, un sector marcado por las quintas (Machado-Clavijo y Espinoza Toral, 2016).

Para los primeros años del siglo XX, el área estrictamente urbana limitaba: de este a oeste, la iglesia de San Blas hasta unas cuadras más de la Iglesia de San Sebastián; y de norte a sur, las calles Rafael María Arízaga y calle Larga respectivamente. La Calle Rafael María Arízaga constituye prácticamente el fin del área urbana hacia el norte, para ir compactándose paulatinamente con dirección sur hacia las calles Vega Muñoz, Sangurima, Mariscal Lamar, Gran Colombia, Bolívar y Mariscal Sucre. El límite norte delineado por la calle Rafael María Arízaga se mantuvo hasta 1920. Originalmente conocida como Calle Real del Vecino, luego denominada Sandes hasta 1930 (Ver ilustración 3). Es a partir de 1960 que se la conoce con el nombre que lleva hasta la actualidad. El barrio El Vecino está ubicado en la parte norte del Centro Histórico, delimitado al norte y al este por la Avenida de las Américas y Turuhuayco, por el sur con

la Avenida Gil Ramírez Dávalos, y por el oeste con la calle Héroes de Verdeloma, y la calle Barrial Blanco.



Ilustración 3: La calle Rafael María Arízaga

Fuente: La autora

2.2. Centro Histórico: De la cuadrícula fundacional a la expansión urbana

Como ya se ha anotado, el Centro Histórico de Cuenca está ubicado en la segunda terraza aluvial; su límite natural lo constituye el Barranco que baja hacia El Ejido, hacia el norte por la Héroes de Verdeloma, en la parroquia el Vecino, por el Este, San Sebastián y por el Oeste, San Blas. El centro de la ciudad moderna corresponde al damero colonial.

La conformación espacial de corte hispánico determinó la estructura física y moldeó la interacción social. La traza original y sus trayectorias crearon espacios diferenciados a lo largo de la ciudad. Como producto de una organización que privilegiaba a los españoles, las áreas ubicadas en los límites urbanos de la ciudad se ocuparon por grupos de artesanos en talleres conocidos como de “propios” o “naturales”, quienes aportaron con sus destrezas en los trabajos para el trazado de la ciudad.

Según Arteaga (2014), El Vecino, el Barrial Blanco, San Roque, Turubamba, son barrios que surgieron sobre la base de las disposiciones reales recogidas en el Cabildo del 24 de diciembre de 1563, mediante el cual se obligó a las personas dedicadas a un mismo oficio a concentrarse en lugares específicos dentro de la ciudad, con lo que se conforman los barrios tradicionales reconocidos en sus oficios. Carpio-Vintimilla y otros (1987) comentan que, para inicios del siglo XX, el crecimiento de Cuenca en superficie es bastante lento, un crecimiento de pequeñas proporciones habrá ocurrido hacia los caminos que conectan con otras ciudades (El Vecino, Avenida Loja, Corazón de Jesús). El hecho más importante sería la creación de infraestructura moderna. Para entonces, el área estrictamente urbana limitaba: de este a oeste, la iglesia de San Blas hasta unas cuadras más de la iglesia de San Sebastián; y de norte a sur, las calles Rafael María Arízaga y Larga respectivamente. (Ver ilustración 4).

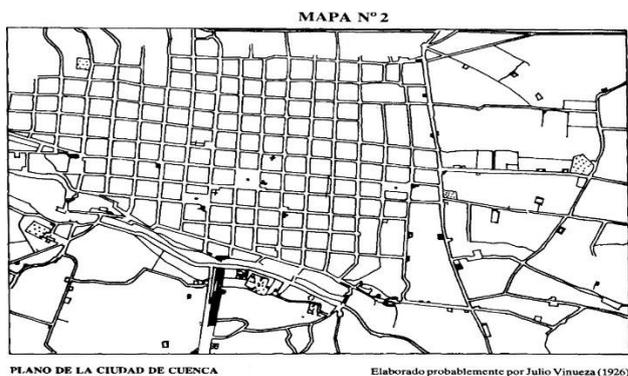


Ilustración 4: Caminos que comunican a Cuenca con otras ciudades

Fuente: Julio Vinueza, et al. 1978.

En el año 1942 Gilberto Gatto Sobral (1910 - 1978), importante colaborador en la creación de Plan Regulador de Quito fue invitado a Cuenca con el propósito de desarrollar un proyecto de iguales características para la ciudad. La idea de modernizar Cuenca había calado en los ciudadanos influyentes, con la idea de generar el progreso de una región



que se había visto en muchas ocasiones relegada en el escenario nacional. A la llegada de Gatto Sobral a Cuenca la ciudad tendría unos 19.000 habitantes concentrados en lo que conocemos como Centro Histórico. Los planes que originalmente deberían democratizar el uso del suelo, ofreciendo acceso a los ciudadanos a la movilidad más cómoda, oportunidades de trabajo, disponibilidad de espacios verdes, etc., terminaron por convertir a la zona de El Ejido en un espacio de élites, mientras otras clases sociales propiciaron con el tiempo el crecimiento de barrios como Totoracocha o Miraflores, carentes de la misma calidad de servicios. Este espacio en el presente es una de las principales zonas de desarrollo comercial de la ciudad de Cuenca.

Entre los años 1950 y 1975, ocurriría una expansión significativa de Cuenca, su área edificada pasa de 200 a 800 hectáreas, dándose un gran incremento del área urbana además de que se realizan el mejoramiento de vías, canalización, agua potable y electrificación. (Carpio-Vintimilla, et al., 1987).

2.3. El Vecino, El Chorro y la calle Rafael María Arízaga

El barrio de El Vecino está delimitado al norte y al este por la Avenida de las Américas y Turuhuayco, por el sur con la Avenida Gil Ramírez Dávalos, y por el oeste con la calle Héroes de Verdeloma, y la calle Barrial Blanco. Fue puerta de entrada y salida norte de la ciudad desde épocas prehispánicas hasta las primeras décadas del siglo XX, ubicado en la parte norte del Centro Histórico, se extendía desde la calle Rafael María Arízaga hasta el actual Barrial Blanco. El Vecino fue tomando cuerpo conforme se incrementó la población india en torno al Rollo o Picota, construido hacia 1787 por encargo del primer gobernador de Cuenca, Joseph Antonio Vallejo y Tacón. El relato histórico lo vincula con el temor al ajusticiamiento, por ser el lugar donde se castigaba los excesos. Se dice que por esta arteria ingresaron los patriotas a liberar a Cuenca de los



españoles. Años más tarde, se tiene información de la presencia en el sector del Humilladero.

El barrio del Chorro, llamado así por la caída de agua que recorría la calle Antonio Borrero atravesando las calles Pía Bravo y Vega Muñoz, fue el protagonista del boom del sombrero. Es este un sector en el que se asentó la primera fábrica construida hacia finales del siglo XIX. El florecimiento de la industria toquillera, impulsada por las masivas exportaciones destinadas principalmente a los trabajadores del canal de Panamá sostuvo el desarrollo del sector. En el año 1845 se instauró la escuela de Tejedores, en cumplimiento a la ordenanza que promulgara el Cabildo de Cuenca para la enseñanza obligatoria del tejido de la toquilla. Por más de siete décadas la fábrica de sombreros acogió a centenares de artesanos de la ciudad, hasta llegar a convertirse en un espacio emblemático por su papel trascendental para el desarrollo económico de la ciudad hasta los años cuarenta del siglo XX (Machado-Clavijo y Espinoza-Toral, 2016).

El boom del sombrero propició además una interacción particular con un mercado emplazado en la que hoy es la plaza de María Auxiliadora, dicho mercado proporcionaba además de productos tradicionales, materia prima para la industria del sombrero y era un punto de comercio que estimulaba la economía de la calle Rafael María Arízaga. Con este escenario, probablemente entre 1880 y 1890, miembros de la familia Delgado, conocidos productores y exportadores de sombrero, iniciaron un proyecto de construcción de una edificación que llegaría a ser la primera fábrica para la elaboración de sombreros. Años más tarde esta fábrica pasó a la familia Heredia. En 1969 fue adquirida por el grupo exportador “Serrano Hat Export”, representado por don Gerardo Serrano Ledesma, Enrique Arízaga Toral y Alfonso Vega, a partir de ello pasa a ser conocida como “Casa Serrano” (Aguirre-Castro, 2018). La Unesco declaró al tejido como Patrimonio intangible de la humanidad el 5 de diciembre de 2012, práctica ancestral y elemento de identidad

local. Familias trabajaban de generación a generación, preservando este emblemático saber que fuera casi practica exclusiva del género femenino.

La calle Rafael María Arízaga, llamada eventualmente la Calle Larga de San Cristóbal, por la iglesia que existía ahí, o también conocida como la calle Real del Vecino, pertenece a un segmento de la ciudad que se extiende desde el extremo noreste de la urbe desde la avenida Huaya Cápac, hasta la calle Benigno Malo, atravesando los barrios del Vecino, el Cuartel o El Chorro, en el Centro Histórico de Cuenca. De acuerdo con el catastro de la Ilustre Municipalidad, la ciudad se divide en 80 zonas; la Calle Rafael María Arízaga se asienta en la zona 28 del barrio El Vecino. La Rafael María Arízaga también fue conocida como la calle de los cañamazos, -en referencia a los obreros de la paja toquilla, al azocar, macetear y golpetear los sombreros-, y ha sido epicentro de múltiples iniciativas que buscan preservar sus valores tradicionales. (Ver ilustración 5).



Ilustración 5: Mural "El Chorro Cañamazo"

Fuente; La autora



CAPÍTULO III

3.1 La calle Rafael María Arízaga en el imaginario

Una percepción espacial: la ciudad está abajo, la calle está arriba.

Al entrar a la calle Rafael María Arízaga nos acompaña su estigma de zona conflictiva, iniciando su recorrido desde la avenida Huayna Capac, en sentido de la circulación vehicular, podemos distinguir una plazoleta alrededor de la cual existen algunos comercios de comida, es una vía angosta que por sus edificaciones antiguas y el adoquín de la calzada inmediatamente evocan el pasado, si avanzamos nos encontramos con la iglesia que está refugiada entre otras edificaciones y se la debe mirar desde abajo, si uno llega a la calle desde la Manuel Vega, puede observar la iglesia de una forma más cómoda. En si la vía está quieta y silenciosa, bastante vacía sin importar la hora del día, mientras se avanza en dirección hacia el oeste, respetando la circulación vehicular se observan varios inmuebles antiguos que comparten el espacio con algunos de construcción más reciente, seguramente de los años 70 u 80. Algunas edificaciones están descuidadas y muchas están deshabitadas al presente, pero sin duda si se pudiese obviar el conflicto social que acontece en cada barrio de la calle, podríamos ver un espacio con un gran potencial turístico, el aire romántico de la calle invitaría a recorrerla y disfrutarla, lamentablemente al estar en la calle lo que se ve y lo que se sabe de ella nos pone en una permanente alerta.

A medida que recorremos y llegamos a una bocacalle veremos el Centro Histórico abajo. La luz en las horas tempranas y al atardecer intensifica la belleza nostálgica tan particular de la Rafael María Arízaga. Se puede ver que los negocios de comida y las tiendas de abarrotes son epicentros de cierta actividad vecinal, habitantes que miran al transeúnte con curiosidad y algo de suspicacia nos hacen sentir observados, en todo caso



los vecinos están acostumbrados al forastero, tanto a aquel que va y viene desde siempre como inquilino de paso, cuanto aquellos esporádicos turistas, fotógrafos, investigadores o estudiantes para quienes la calle presenta un atractivo a explorar.

Entre las calles Hermano Miguel y Luis Cordero se encuentran las instalaciones de la III Zona Militar, y frente a este la pared de la Escuela Julio Matovelle, estos dos edificios contribuyen a acentuar la ya normal soledad de la calle, pasando la calle Luis Cordero, antes de llegar a la Benigno Malo se encuentra el Economuseo y el condominio La Casa del Sombrero, emplazado en la parte posterior de lo que fue la primera fábrica de sombreros de la ciudad.

Hacia la calle Padre Aguirre termina la calle angosta y se abre ya a una calzada de pavimento, cambian las sensaciones por completo, se va todo de romanticismo y también se alivia la tensión de sentirse vulnerable, nos adentramos en una calle sin las mismas sensibilidades implícitas, como salir de pronto del pasado al presente.

La consolidación de la calle Rafael María Arizaga da cuenta de un complejo proceso social, en el que elementos políticos, históricos, culturales y espaciales convergen para generar una fuerte identidad colectiva con un vínculo muy fuerte al espacio que comparten en sus prácticas cotidianas, lo cual fortalece su sentido de pertenencia; por lo que, hay que considerarla más allá de su trayectoria física. Estudiar la calle es indagar en la connotación simbólica de las ocupaciones y representaciones del espacio urbano que van consolidado memorias manifiestas en lugares y que permiten a su vez la multiplicación de memorias. “un lugar de memoria abandonado, no es, cuando mucho, sino el recuerdo del lugar” (Nora, 1992, p.38).

Si bien el entramado físico delimita una configuración desde lo geográfico, vale destacar la función simbólica de la calle, en tanto constructo que ha permeado en el



imaginario de distintas maneras. En la Rafael María Arízaga existe una constante: un descampado, -un término al que nos referimos haciendo eco de lo que los vecinos han contado- en torno a un sector distante del centro administrativo de la ciudad, y de la que se desprende una fina arteria, es decir, la calle, en relación con la naciente traza según la delimitación histórica.

Para una aproximación antropológica respecto a la calle Rafael María Arízaga habría de considerar algunas nociones, enfoques y percepciones de quienes allí viven y comparten un entorno común; con lo que cabría asumir la noción de barrio en tanto espacio físico habitado por personas, en torno a un territorio y a una historia.

A manera de ejemplo, bien podría hacerse alusión al espacio, en tanto área-límite, que simbólicamente delimitaba a la ciudad y en la que la calle servía de límite, de resguardo. Una señal distintiva de una calle que se fue definiendo en relación con el entorno construido y desde donde los vecinos podían mirar a la ciudad desde otra perspectiva; como si la configuración espacial la desmembraría de un todo regular, de la ciudad misma. Otra señal distintiva en la que se anclaría también el sentido de identidad de los vecinos viene del decir que esta calle era la entrada a gente que llegaba desde otras latitudes, lo que le imprime un sentido de reciprocidad, de vecindad. Es decir, el hecho del distanciamiento de esta calle con otras áreas contiguas, como característica de espacio al que se adscribe, nos sirve para definir en torno a ella una serie de relaciones, de socialidad, pertenencia y arraigo.

Es ahí, en la periferia o límites entre la ciudad y los descampados, como lo anotamos antes, en los que prácticas sociales marcan la vida en una zona, que, siendo urbana, conserva formas de vida de la ruralidad y dotan de otros sentidos a una dinámica de vida familiar.



Existe en el imaginario del sector esa división entre la ciudad que se encuentra abajo y la calle que se encuentra arriba, como si al observarla estuviéramos parados “al filo” de la vereda y mirando desde esa altura al resto de la ciudad; es decir, hay una marcación, una delimitación, un ubicarnos desde un lugar, a partir de cual, se mira distinto.

3.2 Habitar la calle: dinámicas de ocupación y convivencia, practicas identitarias y de memoria

La calle Rafael María Arízaga, alberga cantidad de inmuebles patrimoniales que sirven tanto como sede de entidades públicas, centros culturales y residencias particulares. Su conexión con el centro y el norte de la ciudad de Cuenca le brindan un aire particular de tradición urbana, vinculado a procesos contemporáneos de desarrollo urbano y conservación patrimonial. En la calle Rafael María Arízaga se descubre un espacio de particular interés, al ser una calle donde se emplazan una serie de espacios simbólicos ligados a la historia cuencana y también a la memoria de sus habitantes.

La distancia relativa de la zona comercial y del centro administrativo de la ciudad crea una sensación de aislamiento para el habitante de la calle. Existe una necesidad de la vecindad de recuperar su papel preponderante en la historia de la ciudad.



3.3 Lugares de memoria

Aquí la memoria resuena en los relatos de la vida de campo, de la venta de sombreros en la calle, de la economía doméstica, de ser sitio de mercado, de su fuerte sentido de pertenencia.

Inclusive el hecho de ser el barrio denominado como “Zona Roja” por la presencia de actividades ilícitas y personajes que viven al margen de la ley no deslustra para el habitante las cualidades de la calle y del barrio al cual se pertenecen.

La conformación de la calle Rafael María Arízaga ha desempeñado un papel en la articulación de la vida cotidiana, en la constitución de diferentes relaciones sociales y en la construcción de la identidad colectiva y la memoria intersubjetiva, y ha servido como un factor de nexo social. La memoria que actúa como herramienta de cohesión, de vuelta a un imaginario vinculado a un pasado que elude conflictos y diferencias entre los habitantes nuevos en el barrio. Cabe resaltar entonces el carácter dinámico de la identidad, en el constructo de una memoria colectiva, no libre de conflictos, que se edifica en función al reconocimiento de valores y orientaciones comunes.

Edificios y lugares emblemáticos que permanecen en el imaginario y que han ido construyendo la memoria de la calle son: La Picota del Rollo, la Iglesia de San José del Vecino y la Congregación Mercedaria, el Parque Julio Monroy, Monumento a la Virgen de la Merced, la Tercera Zona Militar, la Antigua Casa Serrano -hoy Economuseo Casa del Sombrero-, la Casa de los Poetas: los hermanos Rigoberto y María Ramona Cordero y León.

De otra parte, los habitantes del sector cuentan con algunas organizaciones representativas, como el Club Social y Deportivo el Chorro, el Comité Promejoras del



Barrio El Vecino, la Directiva del Barrio de las Secretas y El Centro Cultural Mary Corylé, (hoy local restaurado), quienes formaron parte de este centro se mantienen activos con el propósito de reactivar este espacio en beneficio de la comunidad. Las organizaciones coordinan diversas actividades sociales, deportivas, religiosas, de seguridad y convivencia ciudadana, en el intento de devolver a la calle su papel de eje articulador en este sector de la ciudad.



CAPÍTULO IV

4.1 Memorias en construcción

La memoria colectiva forjada en el ámbito de la vida cotidiana se configura como una construcción intersubjetiva enmarcada en una matriz de significados y a la vez constituyente de la praxis social. En tanto producto de una relación entre espacio, tiempo y pertenencia social, nos conduce a pensar en el carácter cohesionador, al ser producida por grupos no siempre fijos ni homogéneos de personas en torno a contextos, experiencias y recuerdos compartidos. Este abordaje hacia la memoria nos permite elaborar un corpus material a partir de los relatos; su configuración pone en evidencia el hecho de que no hay memoria colectiva fuera de un marco espacial; por lo tanto, y para orientar nuestro trabajo, resulta pertinente partir de la relación que se da entre un barrio, una calle como un medio material, de contexto y contenedor de memoria como “proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad” (Halbwachs, 2004, p.2) y que determina espacio-temporalmente, su comprensión a partir de quienes piensan, viven, recrean la calle Rafael María Arízaga. Esto en relación con los hitos urbano-arquitectónicos, los lugares de memoria, las celebraciones, los saberes, que al actuar como marcos posibilitan la reproducción de recuerdos hacia una proyección-evocación de memorias.

A más de reconstruir sentidos del pasado, un acto de memoria sirve para definir y cohesionar grupos de personas y colectividades de distintos territorios; a través de ella estos reafirman su posición, su lugar, y su identidad.



4.2 Actores Sociales

El acceso a la Rafael María Arízaga, a través del director del Economuseo Casa del Sombrero, en mayo de 2017, se dio en un momento en que nos encontrábamos realizando un trabajo sobre la vocación histórica de la casa Mary Corylé. El personero institucional nos permitió conocer algunas historias en torno al carácter de la calle y nos puso en contacto con algunos habitantes cotidianos: vecinos, trabajadores, dirigentes sociales, representantes institucionales. Todos ellos compartiendo sus vivencias particulares en un mismo espacio, y de este modo construyendo distintas memorias, desde diversas perspectivas. La presencia de Gerardo en la dirección del Museo, define a un actor a partir de la narrativa institucional, en la importancia a los hechos históricos, a los cuales otorga un valor preponderante y que se puede ver en las paredes del Economuseo:

La calle Real del Vecino, hoy Rafael María Arízaga, ha sido en el transcurso del tiempo el testigo sereno del implacable ajusticiamiento, épicas campañas militares, imponentes manifestaciones de fe y cuna de celebres personajes que ciertamente la han llevado a convertirse en un trayecto de gran valor para la ciudad. (Cabrera-Palacios, s.f.)

Estos textos alusivos a la gesta libertaria, lo convierte, como él lo recalca, “casi obligatoriamente en un referente del bicentenario de Cuenca” (celebrado en el 2020). El director del Economuseo se reconoce a sí mismo como; “vecino histórico, nacido y crecido en el sector”, como tal, trata siempre de fortalecer la autoestima de la calle recordando su relevancia histórica. Gerardo ha propuesto también la creación del Museo de la Paz y la Libertad, en el espacio donde está emplazada la III Zona Militar, para, en sus palabras, dar un lugar a los héroes olvidados: “el indio Pinchopata, el jefe de los Gualaquizas, las Guarichas, las mujeres más valerosas que ha tenido la historia



ecuatoriana” y de los personajes que han aportado en la cultura, en la historia, en la música, en el deporte. Esta es la calle de los Artes y Oficios en Cuenca, la de los tejedores de la paja toquilla: un saber tradicional que fuera declarado Patrimonio inmaterial de la Humanidad el 5 de diciembre de 2012. Por todas estas consideraciones, *la antigua Calle Real del Vecino debería llamarse Calle de la Libertad*. Es esta su máxima aspiración; una idea que atraviesa su propia percepción, y que al presente busca respuesta, de si doscientos años después, se vive o no la libertad.

Gerardo, como otros vecinos, se refiere también a “la parte patrimonial” y la necesidad de su articulación. La vinculación dirigencial de varios años ha convertido a este vecino en un actor social en las que cobran peso el arraigo, la participación comunitaria y el legado familiar para convertir a esta calle en un referente local, en la que los espacios familiares puedan reconocerse como patrimonios locales.

Jorge Herrera, presidente del Barrio del Vecino, es uno de los dirigentes que nos ofrece una perspectiva comunitaria sobre la Rafael María Arízaga, para él, la calle tiene potencial y por ello ha trabajado mucho tiempo, convirtiéndose en vínculo entre autoridades y el barrio. Jorge considera que la vocación histórica del lugar representa un atractivo para quienes residen de manera permanente, para aquellos que regresan a la calle y quienes ven en ella un referente de la ciudad. Menciona el proyecto de recuperación de la calle propuesto en la primera administración del alcalde Marcelo Cabrera en el año 2007, gestión que continuó el alcalde Paúl Granda y retomó nuevamente el alcalde Cabrera, a través de un convenio de la Municipalidad con la Junta de Andalucía.

El proyecto de rehabilitación de la vivienda y recualificacion de la calle Rafael María Arízaga, tuvo como objeto cambiar las infraestructuras deterioradas de agua potable, alcantarillado, energía eléctrica, mejorar la base de la calzada, colocación de



adoquín artesanal; ampliación de aceras con piedra busardeada a un nivel ligeramente superior al de la vía para brindar mejores condiciones de circulación del peatón².

El proyecto incluyó la rehabilitación y reconstrucción de un sitio industrial, -el de la antigua Casa Serrano-, donde se ubicó la primera fábrica de sombreros, para la construcción de un conjunto habitacional de interés social, que funcionará junto a un Museo; se propuso la asesoría para impulsar actividades comerciales existentes en la calle.

La necesidad de aferrar la historia que se está perdiendo -a decir de Jorge- trae implícito el hecho de volver a un lugar en el que “de un tiempo acá, la gente ha perdido el miedo y ha empezado a salir, a ocupar el espacio público, es hora de apersonarse y de darnos cuenta del potencial de la calle” (Herrera, 2018). Su convicción remarca la fuerza con la que él es capaz de conducir los destinos de la calle, de la que siempre habla en plural.

Las propuestas a nivel organizativo barrial o de las del Museo, referidas por estos dos actores, aclaran la dimensión afectiva que encierra la memoria colectiva en el entorno pequeño y familiar. El dirigente recalca la necesidad de articular procesos sostenidos de participación colectiva entre el Municipio, la Gobernación y la Academia, que pongan énfasis en proyectos de beneficio común, porque, lo que importa es la vida de la gente; “de quienes vivimos aquí, los propietarios de las casas, nosotros los que somos parte de este barrio que vamos a seguir viviendo aquí” (Herrera, 2018)

² El ancho de la calle propuesto es de 3.60m² en los lugares de menor sección, 5.50m² en los tramos más anchos. Estudio para la iluminación, colocación de lámparas en las fachadas de las edificaciones y adcentamiento de las mismas.



Los criterios compartidos con Jorge devienen de su propia experiencia y resaltan en la necesidad de articular a la cultura, que “como determina Ciudades Piloto³, de la que fuimos parte, y que es aprender de modelos de gestión en otras ciudades, a nivel del mundo donde ellos aplican ciertas formas, estrategias que les permitió solucionar problemas de difícil solución” (Herrera, 2018). En este caso exhorta a la cultura como eje de desarrollo y que a través de proyectos pueda generar cambios en espacios altamente estigmatizados y fraccionado por diferencias sociales: “yo pensé que, si colocábamos a la cultura, al aprendizaje, a la educación, podemos cambiar, y que la gente entienda que hay formas, otras formas” (Herrera, 2018).

Jorge detalla los proyectos que se pretende llevar a cabo en convenio con las universidades: con la de Cuenca, para levantamiento de la memoria histórica a través de la realización de un documental; con la del Azuay para realizar estudios con el fin de determinar la vocación de cada una de las cuadras y con la Católica en la posibilidad de habilitar las viviendas para ofrecer residencias estudiantiles. Estos proyectos guardan en sí la necesidad de “dar un valor agregado y que los propietarios de los bienes amplíen su visión de futuro al sentir que su casa está siendo tomada en cuenta y que la generación de ideas puede conducir a la auto sostenibilidad, al reconocimiento y valor del entorno, de la calle, de la ciudad. Y para mostrarle a la sociedad que este lugar está cambiando” (Herrera, 2019)

³ A partir de [Cultura 21 Acciones](#), y basándose sobre las exitosas experiencias del programa de Ciudades Piloto en 2014, 2015 y 2016, la Comisión de cultura de (Ciudades y Gobiernos Locales Unidos) ha lanzado el programa “La cultura en las ciudades sostenibles. Aprendiendo con Cultura 21 Acciones”. Este programa permite a las ciudades participantes convertirse en “Ciudades Piloto” de la Agenda 21 de la cultura y participar en un proceso de aprendizaje, de construcción de capacidades y de fortalecimiento de su conectividad a partir de los principios y acciones incluidas en Cultura 21 Acciones.

La Ciudad de Cuenca fue Ciudad Piloto de la Agenda 21 de la cultura, a través del programa de Ciudades Piloto de 2016-2018 (Cultura 21, 2018).



Raúl Daza, vicepresidente del barrio Las Secretas, es un actor social vinculado a la vida de la calle; da cuenta de los vecinos que habitaron este espacio en épocas pasadas, y es un miembro activo, gran conocedor del entorno y uno de los principales referentes al momento de buscar información. Detenta una profunda memoria gráfica del barrio, en su calidad de historiador y fiel a su antigua vida laboral como bibliotecario en el antiguo Banco Central, recolecta diversas publicaciones que recogen estudios alusivos del sector. Su intención es convertir la información recogida en un repositorio de la memoria social, siendo a la vez un patrimonio documental creado por su iniciativa personal. Su narrativa se entreteje en la reconstrucción de la memoria de la calle, reconocimiento de un lugar cuyas huellas determinan el espacio social, familiar y de convivencia; lo que refuerza el sentido de comunidad.

El presidente del Club Social y Deportivo El Chorro, Fabián Arízaga, maestro y constante animador articula aspectos de la religiosidad popular y las prácticas deportivas en la barriada. Actor dinámico que, sin ser un residente actual del sector, ayuda a mantener activas las tradiciones religiosas culturales y deportivas de su antiguo barrio.

En las áreas de influencia de la calle no solo encontramos extensiones de ella, están hechos, organizaciones, personas, en medio de contextos entre aquello que pervive y aquello que se oculta. Desde esta perspectiva, las experiencias de quienes habitan o habitaron la calle asume un rol y nos deja ver los sentidos subyacentes que perviven en la memoria, tal como nos indica la experiencia de los vecinos. El contacto con los actores sociales pone en evidencia el consenso sobre el valor histórico del sector que existe entre el plano administrativo y organizativo en la gestión barrial, la historia de la calle y la necesidad de devolverle el protagonismo que tuviera en el pasado. Por otro lado, la visión institucional deja por fuera de su entorno algunos aspectos relevantes de la realidad cotidiana.



4.3 Barrios, familias y oficios

Entrar a la calle supone un ejercicio de aproximación a un espacio de vida; de trabajo, de ocio, de afectos, de sensaciones, de sentidos, de encuentros y desencuentros, de espacios relacionales que, desde nuestra perspectiva, ponen en discusión lo que los vecinos han venido a llamar el “espacio netamente tradicional o patrimonial” (que si nos referimos a términos geográficos se circunscribe a ocho cuadras).

Valga nuestra reflexión para decir que los espacios no pueden encerrarse o suscribirse a edificios históricos o catalogados; todo espacio es histórico al ser capaz de generar memoria colectiva, y es esta la característica que los hace considerarlos patrimonio, espacios patrimoniales. Las ocho cuadras, no son una línea fija, materialmente son un soporte físico de la que se desprenden pequeñas arterias, intersecciones, extensiones, áreas colindantes que han servido de escenarios para actividades laborales, sociales, religiosas, deportivas, culturales, en las que la gente ha participado, se ha relacionado y generando relaciones de amistad, de vecindad. De ellas se han desprendido nuevas barriadas y sus actores “...los barrios no sé bien como empezaron a surgir, aquí, aparte de los que ya dice el municipio... hay otro barrio que está entre la Hermano Miguel y la Tomás Ordoñez, es la Castellana, o algo así; otro está en la zona militar, entre la garita principal, pero no es la Salazar Lozano, esa es la nuestra, ahí donde está el Club, es nuestra... de ahí el barrio de El Cuartel que ha existido no desde hace mucho; pero el Vecino, el Chorro, las cinco esquinas han sido los barrios más comentados y conocidos del sector. Cuando quisieron unificar los barrios querían que el Chorro pase a ser parte del Vecino, “locos estos manes” yo dije... porque el Chorro siempre se ha identificado por su propia historia, que viene de antaño por la caída de agua que venía de los altos de la ciudad” (Arízaga, 2020).

En los testimonios recogidos a lo largo de la etnografía, advertimos valores en los que se connota orgullo y pertenencia, un sentimiento de exclusividad de quienes son y se sienten parte de la calle, sus barrios y extensiones, y lo que para ellos otorga un carácter distinto al de otros de la ciudad. “no vamos a olvidar que muy cerca de aquí, en la Héroes de Verdeloma se replegaron los patriotas para fraguar la libertad” (Vélez, 2020), nos dice un vecino del lugar, con quien conversamos al pie de su antigua casa, que se encuentra en la intersección de calle del Rollo y Gil Ramírez Dávalos. Él remarca el entorno físico en el que se asienta la calle, aquí cobra fuerza el significado del hecho histórico, así como los valores culturales, representados en sus poetas, maestros y personas de letras. (Ver ilustración 6).



Ilustración 6: Rubén en la esquina de su antigua casa

Fuente: La autora

Los hechos históricos aparecen como impronta indeleble que se ha convertido en una seña particular de carácter identitario. De esta manera nos movemos hacia la comprensión de expresiones como “emblemático” o “único”; adjetivos con los que la gente se refiere a la calle y que alberga una serie de supuestos entre el carácter histórico,



como valor preponderante para conocer la calle; lo que, en nuestra interpretación correspondería a un sentido único, y por tanto insuficiente de este espacio social.

Al referirse a los hechos históricos de la independencia, Cordero (2020) menciona: “algunos vecinos recorrieron los barrios buscando mayor apoyo y juzgaron que era mejor ubicarse en el Vecino por estar más cerca de los refuerzos que podían llegar desde el norte” (p.34). El argumento descrito demuestra la manera en que la perspectiva del hecho histórico apuntala vigorosamente el carácter hegemónico para definir una calle a partir de sus valores en lo cívico-militar, en la valía de sus próceres, héroes libertarios y en la de sus hombres y mujeres de letras. Mancero-Acosta (2013) menciona la religiosidad, la unidad familiar, la labor social, la intelectualidad como “valores de la cuencanidad”, los cuales detentan un patrimonio a defender, que, en este caso, se constituye a sí mismo en un imaginario popular que zanja estas tensiones. De ahí que, ese ideario construido en la calle reconocida en sus ocho cuadras como “tradicional o patrimonial” nos conduce a pensar en la producción de un espacio mítico y de un pasado glorioso cuya segregación le dio su denominación de origen, y elaboró a partir de sí una comunidad imaginada donde se cuelan sus discursos, representaciones y estrategias en torno a lo que les es propio, es decir, a la pertenencia.

Tanto en lo físico, cuanto, en lo simbólico, la delimitación de la calle marca una estructura con relación a aquello que lo circunda. Es la ciudad que se configura desde el norte hacia el sur y que, al decir de los vecinos se torna en un nexa imaginado en estrecha relación con el Centro Histórico, del que es parte: “esta calle es importante porque es un corredor del Centro Histórico y en ese sentido está regido por su normativa. Esta calle es Patrimonio Mundial” (Sánchez, 2019) Una calle reconocida como límite urbano, cuyos usos y apropiaciones se han trastocado con el paso del tiempo.



Lo que sucede con los vecinos que han vivido en la calle y que vuelven a ella en un ejercicio de habitar lo que fue, reafirma el espacio de vida, en personas con edades que oscilan entre los cuarenta y cinco y setenta y cinco años, y cuya experiencia en la calle se encierra en esa temporalidad. Son las personas las que han construido el imaginario de la calle y es su sentido de pertenencia el que lo sostiene en el tiempo y al que se aferran como una necesidad de trascender al futuro, proyectando los recuerdos y valores familiares y de esa manera preservar su legado.

La diferenciación entre barrios que encontramos a lo largo de la calle se nos devela a medida que realizamos los recorridos y tomamos contacto con sus habitantes. Esto define escenarios de múltiples memorias, cada uno de los vecinos tiene su propia apreciación de la importancia de su sector. Se nombran los barrios de: el Chorro; entre las calles Benigno Malo y Luis Cordero, del Cuartel, que comprende los lotes con frente a las calles Benigno Malo y Mariano Cueva, y del Vecino, que va a continuación de la Mariano Cueva, a lo largo de la misma hasta la calle del Rollo.

Prácticamente la calle Tomás Ordóñez comenzaba del lado norte desde la Rafael, no iba hacia lo que hoy es la Héroes de Verdeloma, eso no existía; ahí estaban las propiedades de las familias Guamán, Tamayo, y así, tierras de algunas familias. Pero prácticamente la calle Rafael hacia el oeste... sería [se queda pensando antes de seguir] hacia la Mariano Cueva que era una salida hacia una serie de propiedades y que estaba ubicado ahí en el barrio El Cuartel. Yo de niño, nuestras casas; las tres casas que están incluidas en el mapa del Municipio es prácticamente de una familia, de una tía y de ahí para el norte era una especie de fincas, aquí había unas casas antiguas que le botaron. La casa donde yo vivo era de mis abuelos, era de adobe; la de las tías se metía hacia una

cuadra y pico que es ahora propiedad de Pasamanería Tosi⁴, que fue por mucho tiempo lugar de trabajo para familias del sector. Los vecinos lo consideran una extensión de la calle, punto de encuentro, referencia y orientación. En torno a la fábrica estaba la cancha. (Ver ilustración 7).



Ilustración 7: Pasamanería Tosi

Fuente: La autora

Ellos fueron adquiriendo, tanto para la avenida España como para el otro lado de las propiedades. Había una muralla... casas viejas, una cantidad de casas de baja altura como las que están allá [Señala al otro lado y se detiene] Por aquí había una casa de la familia Delgado, hoy en la calle del Rollo, que eran hojalateros, una casa vieja también y este camino era angosto, -como lo ve actualmente-, iba directo hacia la parte rural, a Patamarca, por esos lugares eran más caminos de herradura, casi. La Calle Vieja, por el otro lado, era como para transitar con caballos y demás cosas, no para pasar con carros. Todo esto que colinda con la Gil Ramírez Dávalos eran viviendas. La Municipalidad expropia y los indemniza a los que viven en la calle “Las Secretas”, una pequeña calle

⁴ Fábrica textil fundada en 1935 por el inmigrante italiano Carlos Tosi. En 1945, se traslada del Centro Histórico a la antigua avenida Quito, hoy, avenida Huayna Cápac y Gil Ramírez Dávalos., lugar de memoria y referencia en el que continúa hasta hoy.



peatonal que pocas personas conocen. Le pusieron así porque es medio secreto... no es una calle común para vehículos, la mayoría de los dueños son los indemnizados de la Héroes de Verdeloma. (Daza, 2019). Nosotros somos nacidos en la confluencia de la avenida Quito, actual Gil Ramírez Dávalos y la Rafael María Arízaga. Todos mis hermanos, somos siete nacidos aquí. La casa tiene mucho abolengo, la propiedad prácticamente había sido un depósito de vinos y mi abuela le había heredado a mi mamá y yo compré los derechos para hacer lo que estoy viviendo (Daza, 2020).

Todas las colinas hasta la de Cullca pertenecen a la parroquia el Vecino, para luego bajar por la Gil Ramírez Dávalos hasta la ciudadela La Católica. Todo eso es el barrio El Vecino, eso es el aspecto rural, la parte tradicional como se le conoce, era los “topes” de la parte norte, esto era más que nada de tipo colonial hacia los inicios de la vida republicana (Daza, 2019).

Mi mamacita nos contaba que la calle Rafael María se abría como un corredor. Por aquí estaba la plazoleta de Joel Monroy o de la Virgen hacia acá vienen las huestes libertarias; diríamos, se reúnen en la Picota, diríamos era todo explanadas que había sido como montes en aquellos tiempos. Por aquí había un molino que bajaba a cielo abierto desde Cullca, pasaba por el cuartel, recogía agua de unas piscinas de todo el cuartel, iba por la Benalcázar, colindando con la propiedad de Tosi, ... recto hasta empatar con el gallinazo del cementerio. Era todo a cielo abierto, entonces usted tenía que saltar el canal. Entre los que vivían estaban algunas familias que venían del campo a ocuparse de esas labores. Eran gente sencilla que trabajaba para los propietarios de la fábrica de sombreros; si mal no recuerdo, una de esas familias, la de los que secaban, era de apellido Macas. Este fue un sector emporio de la hojalatería, desde la parte de la Huayna Cápac hasta la iglesia, casi todos eran hojalateros; ahí están los Chacas, los Zalamea, los Quindes, todos



artesanos y entre que joyeros también. Y los cañamazos: los Macas, los Ortega, los Delgado Jara que eran exportadores de sombreros (Daza, 2019).

En las distintas formas de ver, sentir y recordar la calle evidenciamos la necesidad de resistir al inexorable paso del tiempo que la corroe, para la institucionalidad es un recurso y un discurso, su papel histórico en la gesta independentista y su período como eje del boom económico la califican como un referente que se debe destacar para apuntalar el sentido de la cuencanidad de la que hemos hablado, para el habitante histórico del sector la calle es la columna vertebral que conecta y comunica a los barrios que se sostienen en ella.

Memorias e identidades diferentes en sus dinámicas de ocupación cambian de barrio a barrio los sentidos de apropiación, el derecho a la pertenencia y a la memoria en alusión a la posición social, al nivel educativo o a la capacidad económica de las familias. El relato memorioso trae de vuelta “el emporio de la hojalatería” o “el lugar de los mejores joyeros” de los “grandes cañamazos” o de “los mejores deportistas de la historia”. Esos particulares sentidos de ensoñación por un pasado grandioso cumplen la función de vetar todo aquello que no posee esas características, y que, las coloca al margen de otras memorias, no así en su importancia en el imaginario popular. Y justamente ese es el pasado al que se aferran las personas y que quisieran reproducir en el presente. Indudablemente poco a poco la calle mudará sus habitantes, los vecinos históricos que tratan de contener la erosión de la memoria pasarán a la posteridad y quedarán los hitos patrimoniales como único referente del pasado que fue el orgullo de los habitantes de la calle.

Yo vivía un tiempo, cuando yo tenía unos catorce años, frente con frente a la iglesia de San José del Vecino, en la Rafael María Arízaga y Manuel Vega, de ahí unas



dos o tres cuadras para acá en la misma Rafael era el sector del Vecino. Este sector ya era otro, el Chorro.

No podemos hablar de la calle Rafael María Arízaga como calle o vía que agrupa un conglomerado de personas con una identidad, sino varios sectores; así le veo yo. Era mi mundo; cada uno sabía quién es el vecino, en qué trabaja, cuántos hijos tienen, sabíamos todo. Pasábamos mucho tiempo en la calle. En el sector de la Virgen había las hojalaterías y también la típica tienda de una señora hojalatera que vendía unos ricos alfeñiques; el señor Quilambaqui que era el de la peluquería donde acudían todos y uno se enteraba de todo. Había una conexión, un sentido de vecindad en las tiendas donde vendían desde alfalfa hasta reatas, sogas, todo eso (...) y dulces de casa, de albaricoque.

En la Iglesia del Vecino se bautizó la hija de mi prima, una chica de unos ocho, nueve años y yo fui el padrino, mi hermana la madrina. Esto fue en la iglesia antigua; causó un revuelo cuando botaron la iglesia para construir la actual. Botaron la iglesia antigua para agrandarla para el culto a Cristo Pobre. Daban los pancitos de Cristo Pobre, daban unos panes chiquitos. Después ya no sé qué pasó, ya no daban ni el pan. Entonces aquí era lo típico entre los quince, catorce años; ir a misa, salir a comprar canguil y ver a las chicas, eso, las chicas, una práctica cotidiana de domingo (Arteaga, 2019).

4.4 La religiosidad

De acuerdo a Moreno-Campoverde (2021), la denominación de Cristo Pobre, la de los más necesitados, y de la Virgen de la Merced, patrona de los cautivos, que vienen con la congregación mercedaria, -caló hondo en el sector-, identificado en sus barriadas obreras y de personas de muchas necesidades materiales y espirituales. La autora se refiere a la participación de los obreros y los propietarios de las fábricas en las que se evidenciaba su poder económico.



La devoción al Cristo Pobre, a la Virgen de la Merced y al niño de Cuenca, son constitutivos de la religiosidad popular con la que se identifican los vecinos del sector y continúan en la actualidad. Estas prácticas denotan lo arraigado de la vocación religiosa, como valor preponderante de la cultura popular y las disputas sobre quién tiene el derecho de posesión de las imágenes y en el manejo de las celebraciones. Algunos vecinos consultados nos comentaron sobre la transformación que ha sufrido esa celebración en la que también se demostraba la capacidad adquisitiva y devocional de las familias que velaban a la Virgen. “A ella se la engalanaba bordeándola con la bandera del Ecuador, se bordaba su ropa con billetes, se le coronaba con sombrero de paja toquilla. La veneración era tal que cada familia esperaba a la Virgen”.

Las fiestas en honor de la Virgen de la Merced se celebran el 24 de septiembre; en la misma fecha coexisten dos celebraciones; la una es la que organiza la administración local y se celebra en la Iglesia de San José, en la que los granaderos de Tarqui y los altos mandos de la III zona militar reciben a los feligreses a la entrada del templo. Asisten el alcalde y las autoridades de la ciudad. De otro lado, el Club Social y Deportivo el Chorro organiza otra celebración, su propia celebración, en la que va, la procesión que recorre las calles de la barriada, llevando a la Virgen en andas, la serenata con mariachis, en la que los sacerdotes, quienes son los integrantes del Club, ofrecen una misa y posterior convite en el local del Economuseo.

La Virgen es uno de los hitos de la identidad del Chorro; la devoción a su figura, la posesión y las manifestaciones de fe para con ella demuestran las fracturas de una memoria hecha entre una religiosidad que la afina como “patrona de las fuerzas armadas” a la “patrona de la barriada”, a la que la visten con trajes de chola cuencana, el mismo traje de las tejedoras que vienen de sectores rurales y ofertan cursos de tejido al interior del Economuseo.

Fabián, entusiasta en la celebración dice que “los curas Mercedarios le quitaron la Virgen a la barriada y no quisieron devolverla, entonces, la gente la restituyó por la fuerza”. Recuerda que el entonces alcalde Marcelo Cabrera, le propuso para que, por ser poseedor de la Virgen, pasara a formar parte del Patrimonio Cultural de Cuenca, pero él rechazó la propuesta del alcalde: “perdóneme señor alcalde, esa imagen no va a ningún lado porque le pertenece al Chorro”. Si algún momento la Casa del Sombrero quiere la Virgen, primero que hable conmigo. Si manejamos nosotros la Virgen, otros quieren tenerla. Si alguien quiere decir que es del Chorro, yo digo no porque los del Chorro sufrimos, lloramos, nos hemos sacado la madre porque siempre hemos amado a este barrio (Arízaga, 2020). (Ver ilustración 8 y 9).



Ilustración 8: Virgen de la Merced, patrona de la barriada

Fuente: La autora.



Ilustración 9: Virgen de la Merced



Fuente: La autora

Algo similar sucede con la celebración en honor al Niño de Cuenca el 1 de diciembre, en el que se celebra el día del Patrimonio y que únicamente recorre la calle Rafael María Arízaga. Esta celebración es distinta del conocido pase del niño viajero que se realiza el 24 de diciembre por las calles del Centro Histórico. El homenaje a Cristo Pobre se da en la eucaristía en la Iglesia de San José del Vecino; aquí se comparte pan elaborado por las vecinas, nos cuenta Adrián Muñoz.

Los logros deportivos son siempre motivo de orgullo para los habitantes del sector, uno de los vecinos menciona: “hemos tenido los mejores deportistas del siglo. Tienen que pasar cien o doscientos años para tener los deportistas que tuvimos; la gente no sabe de los valores del barrio” (Merchán, 2020).

Fabián Arízaga, presidente del Club Social y Deportivo El Chorro, detenta la memoria en los logros de la barriada, que como él manifiesta ha ganado en lo que les es propio “en la historia, en la tradición, en lo deportivo, en lo cultural, en lo social, en todo”. Y con eso pone de manifiesto una revalorización no solo de la gente del sector, sino de personas de otros sectores de la ciudad, que encuentran en la barriada un referente; por eso, aduce que es necesario continuar con el legado por el que son reconocidos; a pesar de que mayoritariamente se los asocia con el estigma “la gente de la barriada nos tenían como longos ladrones, de mí se asombraban que fuera licenciado”. Y añadió el renombre que ha alcanzado la barriada en la práctica del indoor fútbol, en la que el equipo del Club tiene un tetracampeonato (años 89-92-2011-2012) en el reconocido Mundialito de los Pobres, organizado por el Amistad Club. “cuando uno tiene la raíz de barrio, ya no se pierde” Él se define como “chorreño de cepa y de corazón” (Arízaga, 2020). (Ver ilustración 10)



Ilustración 10: Fabián Arízaga

Fuente: La autora

Arízaga recuerda también que a los manifestantes del Chorro se les reconocía porque eran llamados para pelear y de un reconocimiento al momento de relacionarse con otros barrios, para lo que era importante las condiciones físicas del lugar; sus grandes dimensiones, el carácter de su gente, el valor de las familias obreras, importante soporte en la economía local: “mi abuela, mi mamá, en mis doce, trece años, yo le ayudaba a mi mamá a azocar sombreros, a cortar, somos familia de cañamazos” (Arízaga, 2020). El Chorro siempre se ha identificado por su propia historia, una historia que viene desde antaño por la caída de agua que bajaba desde la parte alta de la ciudad. Esas caídas de agua corrían por la calle Luis Cordero y otra bajaba por la Borrero, entonces se forma el barrio El Chorro; “el nombre se debe a una toma de agua con mucha presión ubicada entre lo que hoy son las calles Luis Cordero y Rafael María Arízaga, que servía para los menesteres del tejido del sombrero y para las necesidades hogareñas” (Arízaga, 2019).

En las memorias en construcción, anotamos el valor que para Jorge Herrera tiene la casa familiar. Jorge es hijo de un personaje representativo del sector, su padre fue un inquieto mecánico devenido en inventor. Hasta el presente se pueden encontrar en su

taller todo tipo de artefactos producto de su inventiva y su pasión por la mecánica y la ingeniería. En el frontis de la casa familiar se encuentra una moto, icono distintivo de la memoria social del sector, Sonia, la madre de Jorge, ha sido colaboradora para la propuesta de la activación de la casa Mary Corylé. Para él, el legado familiar es un motor poderoso que compromete a este dirigente barrial con el futuro de la calle. (Ver ilustración 11).



Ilustración 11: La moto, un distintivo en la casa familiar

Fuente: La autora

La calle, ocupada por talleres, por obreros reconocidos, por casas exportadoras de sombreros, viviendas de arquitectura vernácula y de una estética característica, de patios y espacios para la socialización de las familias, fue vaciándose poco a poco, dando paso a la conformación de espacios comunes ocupados por familias provenientes de otros sectores de la ciudad y, que, fueron transformando el sentido cohesivo barrial de antaño, y cambiaron las experiencias de vida en la calle: El éxodo de muchos vecinos se dio como efecto de los procesos de expansión urbana hacia mediados de los cincuenta, y de migración hacia el exterior entre los años setenta y ochenta, del siglo pasado.

“Soy el único de mi familia que se ha quedado en el barrio, dice uno de los vecinos. (Johnny) Todo el mundo se ha ido. Ya para los setenta, ochenta, la gente empieza a irse, ahí se fueron los Orellana, ahí netamente gente popular quedó en el barrio... los joyeros. Simplemente si no tenían oficio se iban a Estados Unidos, allá conseguían trabajo en la joyería. Cada que vuelven vienen por acá a recordar. Yo nací aquí. ¡Créame! yo siempre hablo del barrio, porque yo siento algo que es mi vida para mí. Algunos personajes conocidos que ya se hicieron famosos como Jefferson Pérez o Rolando Vera, nunca más volvieron. Ellos se olvidaron del barrio, de cuando eran niños, ahora ya de famosos, ni más, por este sector había mucha desigualdad y muchos terrenos baldíos, los dueños tenían los terrenos, pero no construían; casi no había casas, sino era prácticamente lugares donde dejaban los caballos, ahora por acá viven peruanos, venezolanos, vienen uno, dos, tres, luego traen a la familia; viven en cuartos y tiendas que cuestan entre cien, setenta, ochenta (Merchán, 2019). (Ver ilustración 12).



Ilustración 12: Raúl y Johnny en la ferretería

Fuente: La autora

Los vecinos ubican los solares, las casas, las familias, los negocios, los hitos que evoca la memoria colectiva. Ante la descripción de los lugares y su consolidación, vale la pena tal vez pensar en una probable relación que estas pudieran tener con la red de



caminos vinculantes a los que Páez-Barrera (2011) se refiere, de una materialidad expresa en signos físicos y distinguibles que a partir del ejercicio etnográfico nos sirve para mapear simbólicamente ciertos espacios a partir de la ciudad histórica hacia los flancos en la periferia.

Se considera, de acuerdo con lo mencionado por Sánchez (2019) que es pertinente referirse a la llamada “área nuclear” cuya delimitación específica abarca los corredores de crecimiento dentro del área histórica y que, generalmente, corresponde a las vías que eran de acceso y salida de la ciudad, siendo una de estas, en la entrada norte la Rafael María Arízaga. Una necesaria precisión que complementa las conversaciones con los vecinos en los recorridos por la calle y que al manifestarse en lo físico se inscribe en la memoria que por años ha forjado un sentido de orientación, referencia, y pertenencia en la gente. Un hecho para connotar lo que muchos vecinos nombran como “la vocación histórica de la calle” como un valor ponderado. La máxima de pertenecer a un lugar “de entrada” o de “salida” se apega al hecho histórico por el cual la calle significa y que, al repetirse en varias voces adquiere relevancia.

(...) sitio de gran importancia desde el siglo XVI, por eso se la había puesto el nombre de San Cristóbal, patrono de los caminantes en donde desde 1640 poseía un humilladero. Aquí, al existir el Rollo, ese era un punto de límites, de ese gran conglomerado de salida y llegada. Una parte de este lugar fue conocido como Barrial Blanco (barrial de barro, no de barrio). Conforme avanza La Colonia temprana se expande, con una parte de su población aborigen reunida en un cercado en las inmediaciones de El Rollo (Arteaga, 2018).



Pudimos dar valor al lenguaje compartido al recrear hechos en la elaboración de un imaginario construido a partir de sus propios deseos y perspectivas; un mundo en el que sucedieran cosas tal como a ellos les habría gustado (Portelli, 2017).

4.5 Recorridos: Una puerta a las actividades en la calle Rafael María Arízaga

El propósito de los recorridos, actividad a la que dedicamos largas jornadas, a distintas horas del día, fue el de incorporar en el trabajo la experiencia de transitar la calle como un habitante más, en tanto procurar sensaciones y percepciones que nos ayuden en el proceso de interiorización de un espacio cuyas connotaciones materiales implicaban necesariamente otras búsquedas. El encuentro mismo con los vecinos supuso una exploración in situ y que tenía que ver con los sectores, personajes, hitos históricos, arquitectónicos y barrios localizados a lo largo de la calle. A partir del acceso a algunos archivos, notas de prensa, acuerdos, páginas de internet, logramos conseguir datos sobre torneos deportivos, celebraciones religiosas, participaciones comunitarias, fiestas barriales, personajes de la calle, y sobre la intervención ejecutada por la administración local entre los años 2007-2009. La valoración del patrimonio en términos espaciales a cargo de instancias municipales y de organismos internacionales involucrados encierran en el imaginario patrimonialista la necesidad de conservación y renovación de espacios deteriorados para alcanzar una estética en función de intereses económicos.

Transitar la calle fue un ejercicio de exploración en el que confrontamos cierto temor alimentado por el imaginario personal que habíamos construido con lo poco que conocíamos sobre ella. Evitamos siempre realizar los recorridos a solas. Este tránsito significó discernir entre las múltiples versiones de un espacio en el que se extrapolan mundos diversos, que juega entre lo personal y lo público, atravesado por aspectos sociales y culturales, en los que disputas por el espacio, la memoria y la pertenencia

acontecen. En ese ejercicio nos sumamos a varias actividades con vecinos que nos invitaron a ser parte de ellas.

Participamos en la caminata en honor a los veinte años de declaratoria de Cuenca como ciudad Patrimonio Mundial, el 1 de diciembre, que recorrió la Rafael María Arízaga hasta el Parque de la Libertad. Este acto fue organizado por la administración local, en la que Gerardo fue reconocido con el Premio al Patrimonio (2019). Fuimos junto a Raúl, Teresita, Elenita, Sonia y Cati, vecinos cuyas edades oscilan entre los cuarenta a los setenta y ocho años. Cati, aficionada a la fotografía, capta tomas de la calle en las que la luz es la protagonista, la forma perpendicular con la que cae el sol por la ubicación es la causal de la proyección de la luz, aclaró Raúl cuando le preguntó sobre este efecto. (Ver ilustración 13).



Ilustración 13: Premio al Patrimonio: Leonor, Teresita, Gerardo, Sonia y Adrián.

Fuente: La autora

Un efecto que condiciona también un paisaje natural y una sensación especial para Leonor, quien vive su propia ensoñación cuando habla de la calle, del barrio. El día que caminamos con ella se la podía ver dando saltos de un lado a otro de la vereda y sin parar de hablar, evocaba a su padre a quien le gustaba mucho caminar por la calle: “cuando camino por aquí me acuerdo de mi papacito, a él le gustaba caminar solo por este lado (se

refiere al flanco izquierdo de la vereda en el sentido oeste-este y que va de la Rafael María Arízaga hacia la Benigno Malo) porque acá, decía, “daba mejor el sol” y por eso también dicen que acá ponían los sombrero a secar y que se daba un lindo paisaje que se veía con los sombreros a lo largo de toda la vereda”. (Chaca, 2019)

En un trayecto corto la calle lucía un tono de feria con productos agrícolas colocados de lado a lado, dando un colorido especial; lo que en voz de los vecinos rememora las épocas cuando “sacaban a secar los sombreros de lado a lado de la calle”. (Chaca, 2019)

Otra actividad en la que participamos fue el Bingo desarrollado en el Sede del Barrio Vecino, en fechas previas a la Navidad del año 2019, con la intención de recaudar fondos para el agasajo a los niños. Adrián Muñoz, que en ese entonces se desempeñaba como presidente del Barrio el Vecino, nos invitó a formar parte de la Novena, liderada por Lolita Bustillos, querida maestra del sector. (Ver ilustración 14).



Ilustración 14: Novena barrial

Fuente: La autora

De las actividades, las conversaciones, los recorridos que fuimos compartiendo con los vecinos, surgieron varias narrativas que nos sirvieron para ampliar los criterios sobre quienes realmente viven la calle. Para decirlo de alguna manera la Novena congrega



a familias tradicionales emparentadas con estas celebraciones; en este caso Adrián con su familia colaboró en la elaboración de la comida que se ofreció a los participantes. No todas las familias del sector asisten, ya sea por su manera de pensar, porque no han sido convocados o porque no comparten las tradiciones religiosas.

Lamentablemente la pandemia impidió la participación en actividades de otros sectores, estas debieron suspenderse y ningún otro recorrido se pudo realizar.

4.6 Los vecinos dibujan la calle. Mirar el Barrio, Sentir el Barrio

Esta elaboración grupal de construcción de memoria se fue armando deliberadamente sin ceñirse a una cronología ni a un orden preciso, fue más bien ligada a cada recuerdo personal en el que destaca un carácter de puesta en común que se activa y reactiva de acuerdo con el espacio, el tiempo, el lugar; de cuya relacionalidad, anotamos que son las personas quienes otorgan significado a los espacios en función de la memoria, siendo esta también producto de la imaginación. Al asumir la memoria como una elaboración que se da en función de las motivaciones del presente en relación con un pasado vivido en cada espacio, cabe pensar en estos (en tanto marcos), y adherirnos al criterio de Cardoso (citado en Álvarez, 2019) quien dice: “Las calles son rincones de la memoria colectiva, el tiempo va dejando sus nombres y sus huellas” (p. 56). Y esto hace eco de lo que Halbwachs (2004) advierte al referirse a los espacios que la memoria evoca; por lo que,

...tal parque, tal bar, tal objeto evocan el recuerdo de la vida social que fue vivida ahí y su ausencia, pérdida o destrucción impide la reconstrucción de la memoria: con cada edificio que se derrumba, un trocito de pensamiento colectivo se rompe, queda inconcluso (p.11).



Este ejercicio se convirtió en un intercambio. En él advertimos pausas y silencios, miradas y encuentros, risas y complicidades, que van formando momentos oportunos para “acomodar recuerdos”. La conversación se vuelve un solo eco y entre ellos la voz de “ayude a recordar” “así no era” “eso se acuerda usted mejor que yo” trae de vuelta la precisión con la que Halbwachs (2004) nos recuerda el hecho de que “para que la memoria se ayude de la de los demás, no basta con que estos nos aporten sus testimonios, además hace falta que haya de coincidir con sus memorias y que haya bastantes puntos en común entre unas y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común” (p.3). Al recordar con la ayuda de los otros, asistimos a la multiplicidad de voces y a la elaboración de múltiples memorias.

La cartografía, o el ejercicio de dibujar la calle, la realizamos en casa de Lolita, ubicada en la Plazoleta Julio Monroy. Asistieron Raúl, Alberto, Leonor y Lolita. Mientras preparaban y ordenaban el material, ellos comentaban, conversaban, y a viva voz rememoraban lo que, para unos era el monumento al mono, o al sapo: lo que colocamos como el primer hito. Es el León Ibérico, -dijo Raúl- y continuó diciendo que junto a él corría una acequia donde recogían toctes y había una llave de agua instalada en la esquina del Rollo. Leonor recuerda que ahí lavaban la ropa de las familias porque no había agua potable en los domicilios (Chaca, 2020).

De esta manera y a tono con la cartografía, elaboramos y nombramos los hitos, lugares de memoria y señas de identidad que ayudan a construir el espíritu del lugar donde se evidencia la carga individual y la percepción personal: La cartografía social elaborada con un primer grupo de vecinos nos acerca a puntos específicos ligados a un territorio que configura la ciudad del centro a las márgenes y en cuya descripción la calle se expande a manera de flanco, límite, sobre la cual el resto de la ciudad cae. En este, que inicia a partir de la Plazoleta Julio Monroy, la calle se desplaza sobre un trayecto corto, -de ocho

cuadras- en lo que los vecinos nombran como la “más tradicional” o lo “patrimonial” y en la que se inscriben algunos hitos de reconocimiento. Se abre de esta manera, un reducto cercano al mundo interior, es decir, la del mundo personal, de los afectos, de los recuerdos, de los vecinos y de la familia; una expresión cierta de la continuidad de la memoria circunscrita unas cuantas cuadras más “arriba” del centro de la ciudad. (Ver ilustración 15).



Ilustración 15: Cartografía social: Los vecinos dibujan la calle

Fuente: La autora

Raúl toma un marcador negro y empieza a trazar. Empieza desde el lado izquierdo hacia el centro y los bordes del papel. El primer trazo; una línea ancha que divide al papelote en dos representa la calle. El segundo trazo representa a la vereda, es más, al dibujarla hace el ademán de subir y bajar. Al bajar de ella, traza las líneas de las gradas de la iglesia, (segundo hito) Una vez dividida la calle, va trazando una a una las cuadrículas: son dos grandes y una rectangular. Llega al centro del papel y dibuja un círculo, en el que coloca una cruz. Raúl grafica a la virgen (tercer hito). Aquí coloca el parque (cuarto hito). Vuelca la mirada hacia el centro de la habitación en donde estamos y repite en plural: “por aquí llegamos a la avenida Quito, que hoy es la Gil Ramírez



Dávalos”. Ubican la casa de doña Josefina Zalamea que vivía en la esquina de la Rafael María Arízaga y Vargas Machuca. En la segunda cuadrícula se ubicaba la familia Delgado Jara, propietarios de un negocio de velas. (Daza, 2020).

Resulta interesante constatar la relación que los vecinos crean entre las casas, las familias y los oficios a los que se dedicaban y los nombres con los que vinculaban directamente a la calle; que da un valor agregado a la nomenclatura oficial. La memoria colectiva enfatiza, materializa y nombra lo otro que necesita nombrarse; de ese modo les confiere un carácter patrimonial, ya no de exclusividad de aquello visible, palpable y que en la calle abundan en tradiciones, visiones, anhelos, y vivencias, que, al trasladar su sentido, los convierte en espacios de memoria, materializados y reactualizados permanentemente.

De esa relación dada, viene la de los espacios para los oficios tradicionales. Se nombra a las familias: Delgado, Jara, Zalamea, Chaca, Ortega, Macas... tejedores, hojalateros, joyeros, sombrereros. El tono con el que se van refiriendo tanto a las familias como a los lugares, los personajes u oficios nos permite determinar el valor que se da a la voz de los mayores al momento de articular el relato en el que predomina también el carácter selectivo de la memoria que, circunscrita a hechos y lugares, determina, lo que merece recordarse y lo que no, como lo que ocurre con los alcohólicos que son conocidos en el sector, y que para ellos no parecen representar ningún peligro.

Anotamos algunos aspectos que han sido nombrados por los vecinos; por ejemplo, al hecho de lo que para muchos significa “estar fuera o dentro de ella” y, por tanto, el valor que adquiere el sentido de ocupación que sobre ella recae:

La calle Rafael María Arizaga antes era la cancha de fútbol, pero luego les prohibieron porque rompían los vidrios de las casas... una cancha que se fue extendiendo



hasta la avenida Quito era una extensión de la calle, y ahí jugaban a los aros, los porotos, las canicas con las bolas y sus categorías: el pallar, las vaconas, el trompo que corría de maravilla en tiempos en que la calle era de tierra. Dejó de ser porque llegó el progreso de las familias (...) La cancha que se llamó Severo Espinoza (alcalde de ese tiempo) el Municipio le aplanó y botó ripio. Ahí se llevó a cabo el primer campeonato de Cuenca. Los equipos de fútbol Everest y Atalaya trajeron honor a Cuenca. En el predio de las canchas luego se colocaron las villas del Seguro, que luego se llamaría el barrio de los Profesores. Desde el Barrial Blanco hasta la 9, todo el Vecino era nuestro. Tenía fama de gente dura que peleaban con otros barrios. El Vecino era de trompizas. (Coronel, 2020).

Leonor señaló que el sector ahora ya no es pobre, que eso “era antes porque había pulgas, liendras y porque no había luz” (Chaca, 2020). Ella recalcó la familiaridad con la que se trataban entre todos y repitió de memoria los apodos con los que muchos eran conocidos: “los fochos”, “los vitola”, “los tres Jaimes”, “el diablo Flores”, “los tochos Peñas”, “el matón (Alberto) Vélez”. Ellos formaban parte de las famosas jorgas que se comunicaban entre sí al tono de un reconocido silbido, mismo que al oírse era señal para salir a la calle. Cuenta que eran los mejores en la organización de los años viejos que eran “la sensación” porque eran muñecos artesanales elaborados con cosas que recogían y encontraban por la calle. “Los que nacieron aquí tienen pertenencia”, dice con orgullo (Chaca, 2020). Y habla de su padre, Daniel Chaca Jiménez, maestro hojalatero, que además de faroles también fabricaba baldes que llevaban a vender a Paute, a Girón y a Gualaceo. Rememoran a la familia de don Vicente Peña, joyero, de quien dicen “eran más civilizados porque tenían plata”, y que eran quienes amenizaban los festejos... “ellos regalaban caramelos y frutas en las procesiones del Santísimo”. (Chaca, 2020).

En términos de una antropología del espacio vemos como las experiencias provocan transformaciones en lugares de la ciudad en sus dimensiones físicas, emotivas,

relacionales y de diversas nociones políticas que trascienden al espacio material. La experiencia de recorrer la calle, como ejercicio predominante a una elaboración etnográfica y su posterior transcripción, hacen las veces de un andar-percibir-sentir para entrar a una comprensión que aborda paralelamente una dimensión social del espacio en sus consecuencias, de cómo esta deviene en un espacio en el que surgen necesidades especiales y espaciales que algunos vecinos supieron captar.

Por medio de la cartografía (grupal) y la individual que surgió espontáneamente de la conversación con Diego, podemos percibir el eco de una familiaridad asociada a la vida del barrio, de gente conocida, de actividades similares en un espacio que cabe “entre el que estaba el árbol de guaba y la llave de agua”. Espacios que se inscriben entre la plaza Monroy, donde está la Virgen y la calle del Rollo. (Ver ilustración 16).



Ilustración 16: Plaza Julio Monroy y Monumento A la Virgen.

Fuente: La autora

Evidentemente, Diego resalta sentimientos, afectos y emociones al retratar un espacio lleno de memoria. A más de tomar el papel y graficar el lugar, las pausas y silencios, así como el lenguaje corporal, delatan en él una familiaridad hacia algo tan cercano y conocido.



Meses después de la experiencia de la cartografía, dimos paso a la última fase de la investigación. Para entonces habíamos programado dos series más con dos grupos de vecinos para reunirnos, una en el Club El Chorro, y otra en el Economuseo, que no llegaron a concretarse por la pandemia del COVID 19.

4.7 La calle en voz de los vecinos

Nuestro repositorio se amplía, a medida que se amplían también las experiencias de los vecinos, en las que es clara la percepción personal, material, gráfica de la calle y sus dinámicas; lo que se ajusta a la noción de Sarlo (1966) quien se refiere a ella como “el lugar, entre todos, donde diferentes grupos realizan sus batallas de ocupación” (p.187). Más que batallas, diríamos, disputas en cuanto a la memoria que está en juego.

Lo que Raúl nos cuenta refuerza los cambios que acontecen, con sus dinámicas y sus gentes.

El barrio era la calle Rafael María Arízaga. En los barrios siempre hubo El Vecino y nada más, el Cuartel aparece más o menos en los años ochenta. Generalmente son grupos de deportistas; cuando se indemniza a los que viven en Las Secretas se forma el núcleo de moradores que engloba unas manzanas entre la Virgen de las Mercedes, la calle del Rollo a la parte de la Héroe de Verdeloma, a la Gil Ramírez Dávalos. El Chorro corresponde desde el Cuartel; desde la Hermano Miguel ya es el Vecino, viniendo desde la Huayna-Cápac y que corresponde a lo que ahora viene a ser el colegio Manuel J. Calle, pero eran terrenos baldíos con casas desperdigadas y con muchas sementeras. Para los años sesenta y cinco por ahí se inaugura una cancha, que se llamó Severo Espinoza, en honor al alcalde de la época, frente a Pasa, la Pasamanería Tosi, que está hasta hoy. Hasta entonces, por ahí eran sitios que tenían unas casuchas prácticamente derruidas, que las compra el IESS y ahí hacen las villas del Seguro. Más abajo, entre la Federico Guerrero



y Vega Muñoz está el barrio de los profesores por sus moradores, todos del magisterio.

(Daza,2020)

Este sector, como se ha anotado, estaba en el extremo norte de entrada a la ciudad, instaurándose en una especie de bisagra entre lo rural y lo urbano, entre campo y ciudad y en la que se identifican muchos puntos de encuentro: la cruz, el mono, la placita. Ahora bien, el análisis nos lleva a pensar en la elaboración en una territorialidad en la que la memoria disputa una legitimidad de un grupo de personas, de un sector, y de lo colectivo y, a partir de ahí, comprender que la experiencia de “vivir la calle” es propia en su conjunto y en sus propias situaciones cotidianas, relaciones, andares, memorias. Valga la reflexión sobre la elaboración de la calle; de ser un espacio de llegada que por tantos años ha servido para su propia definición y que instala distintas percepciones sobre el lugar. Encalada señala que “el vecino nunca fue parte de Cuenca, que en esas zonas había grandes espacios vacíos, lo que quedaba fuera de la ciudad. De ahí el nombre del barrio, que quiere decir cercano” (Encalada, 2019).

Otro de los vecinos agrega que “todos los libros saben que la calle fue realmente el lugar que dividía la ciudad; todo su Centro Histórico frente a lo que comenzó con el nuevo modernismo, fue el límite de la ciudad de Cuenca. Se llamaba *Calle Real del Vecino*”, y nos dice también que a la esquina de la Vargas Machuca y Muñoz Vernaza, la gente a veces llega después de veinte años; ya no hay nada de lo que había, pero vienen a tomar los caldos; la gente cuando vuelve de Estados Unidos viene por acá a conversar, a darse una vuelta. (Merchán, 2019).

Entre los espacios importantes, está también el Teatro Mercedario, en los bajos de donde hoy es el dispensario médico del barrio. (Daza, 2019) (Ver Ilustración 17).



Ilustración 17: Raúl en el cine, El mercedario: Un cine barrial.

Fuente: La autora.

La importancia del espacio se vuelve doble para la memoria por el hecho de que una evocación adhiere siempre a hechos, lugares o personas; por eso podrá decirse que, aunque una construcción se destruya siempre se mencionará que ahí estuvo, porque la traza, el emplazamiento, es lo último que se borra.

Con cada edificio que se derrumba, un trocito de pensamiento colectivo se rompe, queda inconcluso; por eso, es necesaria la pervivencia de los recuerdos en puntos de contacto entre unos y otros para que lo evocado pueda ser construido bajo un fundamento común. (Halbwachs, 2004, p.34).

Del relato de vecinos se desprende la relación entre calzada, calle, trazado en un área cordón de la ciudad; un espacio que mira al centro de la ciudad, unas cuantas cuadras más abajo, y que va armando un constructo que, desde lo simbólico, ha permeado en el imaginario.

Características como éstas traen implícita la configuración de un espacio simbólico que otorga, a decir de los vecinos, una disposición espacial que crea entornos naturales de particulares características.

Lo interesante de esta calle son los ramales que se dan, las arterias y lo que se vive al interior en los pasadizos, corredores o esquinas pequeñas, como la de la calle Salazar Lozano, en la esquina en el Chorro. Un sector relacionado con la caída de agua alrededor del que se formaba un pozo donde la gente venía a recoger. Aquí las casas eran pequeñas, de un solo piso, ya después se levantaron de a dos. Una calle con una fisionomía tradicional. En el lote donde hoy es la escuela Francisca Dávila era un descampado donde los niños iban a jugar. Esta casa donde vivo es Patrimonial. (M. Vintimilla, 2019). (Ver ilustración 18).



Ilustración 18: Mario, en su casa en el barrio El Chorro.

Fuente: La autora

Para este vecino, reconocido personaje en el ámbito educativo y morador en este barrio hace más de cuarenta años, esta calle se remonta a su niñez, cuando venía con su mamá desde el centro a comprar paja para la elaboración de colchones. Entonces el recorrido cubría algunas cuadras desde la tienda familiar que se asentaba en la calle Lamar y Luis Cordero, a escasas cuadras del parque central. Al respecto, Fabián Arízaga, (2020) relata:

Un personaje conocido, pequeñito él, de más o menos un metro y medio de estatura, al que se le conocía como *Suco de la guerra*, transitaba las angostas calles



barriales cargando bultos de los cortes sobrantes de los sombreros, hasta la casa de la señora Lucrecia Vintimilla, que confeccionaba con estos residuos colchones de paja”

4.8. El Presente en las otras memorias

Al partir de las memorias de los vecinos construimos relatos comunes, de ahí que debamos aludir al marco social para entender como los recuerdos individuales van reconfigurando las otras memorias. En el tema que abordamos, podríamos partir del hecho de adherirnos a vivencias y experiencias de quienes las producen para llegar a una memoria viva, abierta y elaborada pluralmente. Indagar en la comprensión de la memoria colectiva como un fenómeno cultural de gran valor en la que se instalan procesos sociales y de interacción subjetiva trae diálogos e instaure saberes, experiencias y relatos. Las experiencias del andar, del observar, del vivir y el sentir la calle, sirven de narrativa al momento de ampliar las percepciones entre espacio-lugar, espacio-identidad-memoria en la interpretación de ella como un recurso para la cohesión social.

El tejido que conforma la calle Rafael María Arízaga brinda la posibilidad de observar las formas a través de las cuales la memoria colectiva elabora un relato de sí misma. A más del componente histórico, estético y patrimonial que ha marcado su propia narrativa, otras esferas de significación dejan huellas en los distintos barrios por donde ella se despliega.

Entre ellos se diversifican los cambios en la cotidianidad, la vecindad, la comunidad y, por tanto, la transformación de un espacio próspero de familias y oficios, al de uno en el que el estigma alcanza protagonismo. En uno de los recorridos escuché: “si hay muertos, robos o accidentes acá en la Rafael, ya en seguidita sale en los periódicos, pero si es en la nueve o en San Roque, no dicen nada”. Se conoce por diversas fuentes que hechos delictivos suceden con regularidad en el sector, los habitantes refieren que no



son los vecinos los responsables, sino que la mayoría de veces son habitantes temporales o personas de otras zonas. Constante es la presencia de alcohólicos que deambulan por el lugar, pero son reconocidos como vecinos de la calle por tanto se los ve con familiaridad, se les tolera e inclusive se les brinda ayuda.

En tiempos en los que aún no se daba un uso intensivo de la calle, -por sus cualidades físicas hechas de adoquín irregular estrecho-, ésta se configuraba más para el intercambio entre personas que para circulación vehicular; es decir, que el uso particular la fue definiendo como escenario en el que se propiciaba el sentido de vecindad entre quienes, entrada la noche, se reunían en la calle a compartir lo que vivían en el día: “la calle para nosotros es la casa donde nos reuníamos todos los guambras a compartir un poco de nuestras experiencias o robar un caramelo cuando la señora de la tienda se descuidaba” Cuando se rompe ese sentido de conocerse, el poco sentido más de una comunidad viviendo, compartiendo un espacio, vino también con todo el cambio urbano, ya empiezan a aparecer tiendas, cantinas, que dicen que eran tiendas, pero en realidad eran cantinas; entonces eso como que ya no gustaba, pero como eran personas dueñas de casa, el barrio nada podía hacer. Entonces, ahí empezó a haber recelo y la gente empezó a restringir la salida; de hecho, se saludaba a todos, pero no, a diferencia de unos cinco, diez, quince años antes donde todos se invitaban, a jugar carnaval, se regalaba pan, se regalaban dulces. (Arteaga, 2019).

Como hemos visto en las experiencias de campo, cada una de las personas refieren su experiencia a su ámbito, a lo que más conocen y a lo que han hecho en la calle, en el barrio en el que viven. Es interesante constatar, a través de los testimonios de los vecinos, las proyecciones que imaginan sobre ella, lo que podía haber sucedido o lo que podría suceder, y que servirían para pensar y nutrir la experiencia personal y la dinámica social.

Berenice, es una antigua habitante de la calle, educadora, cuya intención, a través de su gestión cultural, fue marcar un punto de inflexión que pudiera transformar la vida de la gente, de las mujeres y de las familias. En el año 2009, la Alcaldía reconoció su labor otorgándole un acuerdo que deja constancia de su trayectoria anclando sus objetivos y poniendo la mirada en los valores que connotan a la calle, por lo que, buscó reconocerla en el campo cultural. Junto a Sonia Salazar y otros vecinos, impulsó la creación del Centro Cultural Mary Corylé, de cuyo comité fuera presidenta. (Ver ilustración 19, 20, 21).



Ilustración 19: Berenice Hugo, gestora cultural y activista de la Fundación Mary Corylé

Fuente: La autora



Ilustración 20: Acuerdo de Reconocimiento y Gratitud

Fuente: La autora



Ilustración 21: Casa de los Poetas

Fuente: La autora

Me entero de la verdad desnuda de esa calle cuando fui a vivir allí, yo no sabía nada de ahí (...) una vez comprado el terreno ya no pude retroceder. Yo llegué sola a vivir con mis hijos pequeños, mi esposo estaba en Estados Unidos. Nunca hice amistad estrecha con nadie, era difícil por el celo que se tenían entre unos y otros. Me di cuenta de eso y pensé que para enfrentar estas dificultades era necesario que alguien tomara la batuta para “culturizar al barrio”. Nos fuimos juntando con profesoras en una zona dura, donde había venta de licor y de droga... era triste ver como los niños se arrodillaban pidiendo a la policía que no se lleven a sus padres, las tiendas eran los nexos. En todo esto fue muy importante la gestión que llevaba adelante Gerardo, ya que conocía la realidad de la Rafael y por sus nexos con el Municipio se facilitaban las cosas; así en este sector se realizaron eventos culturales, hasta que llegó la Junta de Andalucía, que andaban recorriendo los “barrios folclóricos de Cuenca”. Este era un barrio colonial precioso, “ésta la mejor calle que tiene Cuenca”, como nos dijeron los de la Junta de Andalucía cuando vinieron a la calle. Con esta sentencia positiva, yo dije entonces “aquí está nuestro chance”. La mejor calle de Cuenca, por su historia cultural, por la calidad intelectual de gente que ha vivido ahí, pero gente que no se pudo quedar, pero con la industria del



sombrero ya tenían plata y ya se iban, poco a poco ha ido saliendo la gente de ahí hacia otros barrios y se quedan solo los pobres. (Hugo, 2021).

Berenice aclara que no fue ella la que llegó a la calle, sino que fue la calle que le llegó, y añade que, de haberse concretado el proyecto, éste podría haberse constituido en un espacio para impulsar actividades culturales y para el rescate de la memoria del lugar. Resalta el papel de la mujer, como custodia de saberes, de las madres, de las educadoras de la zona, entre las que nombra a Zoila Esperanza Palacio.

La casa de los poetas María Ramona y Rigoberto Cordero y León fue restaurada con fines de reactivación cultural, de esta experiencia se desprendió la intención de poner en marcha la propuesta para la activación de algunos inmuebles que los vecinos reclamaban para sí, y que, según ellos, les correspondían por historia.

Al momento de la investigación pudimos comprobar que los vecinos consideraban necesario que el cuidado de algunas de las casas emblemáticas podría quedar bajo el resguardo de miembros de las direcciones barriales que pudieran liderar procesos de gestión, para que estas se “revitalizen”. Una de estas propiedades, es la casa del Rollo, de propiedad del partido político Alianza País. (Ver Ilustración 22).



Ilustración 22: Emblemático punto de memoria "El rollo"

Fuente: La autora

En este punto, anotamos como las transformaciones de lugar y de contextos devienen en transformaciones emotivas; aclaran perspectivas, refuerzan criterios, y apuntalan valores. Algunos vecinos nos comentaron hechos que fueron delineando nuevos usos y perspectivas.

Mario refiere la economía que se diversificó con el paso del tiempo; de comercios pequeños vinculados a una economía familiar forjada en las tiendas de barrio, donde se ofertaban insumos agrícolas, semillas, víveres y productos de primera necesidad, a los negocios actuales, cuya dinámica se mueve entre locales proveedores de insumos tecnológicos, salas de internet, papelerías, copiadoras, o pequeños locales de diseño, serigrafía, y otros similares.

El sentido de vecindad se mantuvo hasta entrada la modernidad. Con la expansión urbana, los rasgos y características de la calle determinan variantes en sus usos y ocupación, mismas que son notorias ya para los años ochenta del siglo XX y que confluyen de alguna manera en connotar a la calle acorde a sus “potencialidades”, posterior a la declaratoria de Cuenca Patrimonio Mundial en 1999. Un hecho que



conlleva, entre otros, planes y proyectos de renovación física de los espacios, recuperación de inmuebles connotados históricamente, proyectos de vivienda social y proyección del sector orientado al turismo.

En cuanto a la habitabilidad, en los últimos años y en más de un caso, algunas personas que viven en la calle comparten el espacio con familias distintas en casas grandes, que funcionan al mismo tiempo como viviendas unificadas entre dormitorios y bodegas para el resguardo de objetos variados e incluso depósitos para alcohol. Este hecho grafica la dimensión de una habitabilidad que subyace al sentido casi residencial-familiar y que marcaba un signo de identificación sectorial.

Tanto el hecho generacional como el de relaciones sociales y las comerciales devenidas de ella aún permanecen como un referente frente a una sociabilidad distinta y distante de quienes la conforman en la actualidad. Delgado-Ruiz (2014) advierte que en estos espacios se encuentran “evidentemente ya no comunidades coherentes, homogéneas, atrincheradas a su cuadrícula territorial, sino los actores de una alteridad que se generaliza: paseantes a la deriva, merodeadores, extranjeros, viandantes, trabajadores y vividores de la vía pública” (p.2). Esta condición de alteridad instaura una diferencia importante entre aquellos habitantes que, al consideran los genuinos del lugar, marcan una diferencia con aquellos que no lo son; y que por tanto quedan fuera: es decir, los habitantes que se reconocen a sí mismo como “propios” “auténticos” “históricos” o “de cepa”. Aquellos que caben bajo estas denominaciones asumen en sí mismos una condición casi natural de arraigo, por tanto, herederos de un reducto en el que el sentimiento de pertenencia se forja en torno a un escenario de exclusividad en el que cabe un fuerte sentido de pertenencia distinto, incluso, al de los otros barrios, de los afuereños, de los extranjeros.



A partir de los usos y apropiaciones del espacio, de su elaboración, relectura y actualización de memoria, vemos que esta nos permite pensarla en su dinámica y flexibilidad. Las narrativas propias a una caracterización definen un entramado urbano en el que dialogan apropiación, vaciamiento, migración, precarización, estigma, memoria, olvido, mercantilización; es decir, un espacio conflictivo, cuyo sello se delinea por los valores histórico-patrimoniales, y que han servido de anclaje para la elaboración de un espacio en el que remarca su “potencial”. Podemos advertir algunas iniciativas barriales que, repetidas a lo largo de estos dos años de acercamiento a la calle y su gente, nos sirven de termómetro para medir el grado de agencia con el que los vecinos pretenden “convertir el barrio en referencia para otros”, “para que la gente vuelva”, o para “recuperar la vocación histórica”.

La estructuración de tramos, cada una con su gente y sus dinámicas, exhorta acciones en favor de la seguridad, la cohesión, la participación y acción sobre temas emergentes y que, a la postre, decanten en una efectiva gestión barrial que supere la sectorización que, si bien aparece como una característica propia, guarda en sí la necesidad de que la calle efectivamente la atraviese en todo sentido. Si bien la delimitación física la ubica en el marco que define al Centro Histórico, es esta característica que, desde su simbolismo, podría traspasar esa línea que se instala a modo de frontera en el mundo urbano de una ciudad patrimonializada. Efectivamente nombrarla “en las ocho cuadras”, cuestiona otras dinámicas y conglomerados y por tanto la construcción de una “calle imaginada” por la que hay que trabajar.

Los vecinos nos han comentado sobre las distintas personas que acuden a ellos con intereses investigativos; viene gente de las universidades, de los colegios; Esto ha permitido levantar registros de la calle y sus habitantes, y, consolidar un repositorio, que,

si se pone a disposición de la ciudadanía, cumpliría cabalmente con las funciones multiplicadoras del patrimonio, que es el conocimiento de la memoria social.

Al respecto, Jorge, actual presidente del barrio el Vecino resume los proyectos que las universidades pretenden llevar a cabo: la Universidad de Cuenca, en el levantamiento de la memoria histórica con un producto audiovisual; La Universidad del Azuay; busca determinar la vocación histórica de la calle en cada uno de sus sectores; la Católica en la readecuación de viviendas para alojamiento estudiantil. Además, apunta que es interesante aprovechar las casas y entornos patrimoniales, como patios y huertas, para proyectos que garanticen la auto sostenibilidad. (Ver ilustración 23).



Ilustración 23: Jorge Herrera, presidente del Barrio el Vecino

Fuente: La autora

Al comentar estos temas con los vecinos, ellos aluden a experiencias que se han dado en otras ciudades e incluso en otros barrios de la ciudad; dicen, que sería muy lindo que la calle sea como la Calle La Ronda, en Quito, o como el barrio Las Peñas, en Guayaquil. Esto nos conduce a pensar que, desde la perspectiva de los vecinos la emulación de “modelos exitosos” toma en cuenta la revalorización del barrio más no los fenómenos como la gentrificación o la pauperización que pudieran ser consecuencias de replicar gestiones aplicadas en otras ciudades.



Permanece aún esa necesidad de perennizar un territorio, en el deseo de los vecinos de articular uno o varios frentes que pudieran aglutinar y portar las necesidades de los sectores de la calle, en torno a un solo fin; lo cual, dejó ver sus posturas y diferencias. La participación constante en temas por la seguridad, las intenciones para activaciones turísticas o culturales denota el peso que pudieran tener criterios externos en acciones en beneficio de la comunidad; sin embargo, muchos de ellos esperan aún por su continuidad.

4.9. Proyectos de interés sociocultural

Fundación Cultural Mary Corylé

La propuesta del proyecto para la creación de la fundación Cultural Mary Corylé fue aprobada en Asamblea General en 2008, con el objetivo de involucrar a la comunidad en torno a los valores culturales que detenta el sector. Este proyecto partió de la adquisición, por parte de la Municipalidad, del inmueble 4-36 de la calle Rafael María Arízaga, declarado bien patrimonial y de interés simbólico, en el que habitaron los poetas Rigoberto y María Ramona Cordero y León. Con la entrega de la casa recuperada a la comunidad, se espera que los vecinos le otorguen el sentido original para lo que fue creada.

Economuseo Casa del Sombrero

Este proyecto se dio mediante convenio entre el entonces Gobierno Municipal y la Junta de Andalucía, que como propuesta de vivienda social buscaba “devolver la habitabilidad al Centro Histórico”, con el objetivo de crear un espacio para la convivencia ciudadana en espera de su función de activador sociocultural en la dinámica del barrio El Chorro. El condominio La Casa del Sombrero, se levanta en la parte posterior de lo que fue la primera fábrica de sombreros de paja toquilla en la ciudad.



Un proyecto habitacional de quince departamentos, subvencionados en el treinta por ciento del valor por la Junta de Andalucía y ofertados públicamente a la ciudadanía. Según versiones de algunos vecinos residentes en el condominio, lo atractivo de esta propuesta se asentó en que, se ponderaría a quienes tuvieran nexos con el Centro Histórico, estuvieran involucrados en actividades culturales, y, que, de alguna manera, pudieran compartir con la comunidad; sin embargo, las activaciones culturales no han sido propuestas precisamente por algunos de los artistas que residen ahí, ni los condóminos han participado de ellas. Juana Estrella, una reconocida actriz de la localidad, comenta que ya el hecho de adquirir un bien ahí le compromete con la dinámica cultural del barrio, cuya ponderación mayor es su ubicación en el Centro Histórico. Las veces que acudimos a algunos programas en el Economuseo, quienes asistían eran los vecinos de otros sectores de la calle, quienes acusaban de que a ellos no se los notificó y calificó para beneficiarse de la oferta habitacional. Juan Carlos Astudillo, presidente del condominio, acota que las quince familias realmente no han tenido este acceso o acercamiento hacia los moradores que tiene el barrio El Chorro, no se han incorporado a las actividades propuestas por la organización barrial, como las fiestas en honor a la Virgen que es la patrona de todos los barrios y que tiene como ciento veinte años; son las viejas generaciones del Chorro las que se hacen cargo (Astudillo, 2021).

Juan Carlos, aclara que no se han concretado propuestas culturales como se esperaba, a pesar de que hay algunos artistas que viven o que son propietarios. Aduce también, que existe una disputa con otras personas a las que no se les adjudicó los departamentos: “somos vistos como intrusos, acá no llegan las invitaciones de cosas que se hacen en el barrio”; “en lo que sí nos preocupamos es en la seguridad, es peligroso por aquí; hace algunos días le sacaron de aquí al más buscado, de aquí de la Rafael 7-32



(Astudillo, 2021). En términos prácticos y de convivencia, se podría decir, se mantienen reuniones para tratar temas económicos y de seguridad, necesarios para la coexistencia.

Otros vecinos se pronuncian sobre el hecho de compartir el vestíbulo, ya que, la entrada a éste se encuentra en la misma que da al museo; y que sirve muchas veces como sala de reuniones o para programas sociales. Lo que, para Rómulo, -uno de los residentes-, es visto como un atractivo, para Juan Carlos es una desventaja, ya que genera la sensación de sentirse visto, observado. Elena, otra de las residentes pondera el espacio de luz que dan con las transparencias, y los accesos pensados para personas con discapacidad. El manejo financiero genera discrepancias entre los condóminos, a quienes corresponde el 33% y al Museo, el 66%.

Frente a la experiencia de los vecinos que no fueron beneficiarios de esta propuesta habitacional, como de aquellos que lo habitan, el hecho de que éste se levante en la parte posterior del Museo, cala en la memoria, y que en su propia interpretación aparece como un complemento en un espacio emblemático y de significación. En este caso, vale indagar desde qué perspectiva el proyecto como tal lo imaginó en tanto escenario social en el que se entretajan historias de vida: la de las tejedoras y sus familias en el contexto social y económico de esta actividad de gran impulso en la economía local de la época, y que, en la actualidad sea pensarlo a partir de propuestas culturales que lo podrían cohesionar. Precisamente, la evocación de la memoria hace referencia a la calle como el reducto de los tejedores: “la calle de los cañamazos”, de una calle que se cubría de sombreros y que delimitaba un escenario que “se teñía de blanco” o “que se llenaba de

sombreros a lo largo”, como nos han dicho nuestros informantes. (Ver ilustración 24).



Ilustración 24: Economuseo

Fuente: La autora

La construcción del Condominio Fortaleza, así como del supermercado Gran Akí que se despliegan a lo largo de la calle son obras que aparecen para generar cambios, dinamizar la calle y la economía del sector, nos han dicho algunos vecinos: Hay quienes le ven con mirada positiva y quienes expresan su preocupación sobre el impacto que estas obras podrían tener para el barrio. El uno, es un proyecto de vivienda en altura para albergar sesenta departamentos de propiedad horizontal. (Ver ilustración 25, 26).



Ilustración 25: La Fortaleza

Fuente: La autora



Ilustración 26: El Gran Akí

Fuente: La autora

Los invitaron a la socialización del proyecto, que lleva adelante el ingeniero Manuel Molina; en donde Jhonny expresó: yo de verdad, creo que eso nos va a sacar a nosotros de donde estamos porque nueva gente va a venir y en unos años se va a poner bien diferente; yo quiero a este barrio, de una forma que este barrio va a salir. Es un conjunto de unos cuatro pisos, para unos sesenta departamentos, y se espera que no haya impacto visual, que se cuide esa parte (Merchán, 2019). Hubo como esta idea y mucha gente se opuso al igual que para el Gran Aki, que también nos fuimos a la socialización... ¡imagínese, ya tenemos en la Rafael un local de estos, en la Rafael y Tarqui, ya más allá de la zona histórica! Incluso Jorge intervino con el pedido de que se entregaran carpetas para posibles trabajos ahí, pero nada, ahí quedó (Merchán, 2019).

4.10. La pandemia y un cierre no planificado de trabajo de campo.

En febrero del 2020 fuimos por última vez la calle Rafael María Arízaga antes de la pandemia, luego de los recorridos, los testimonios, la cartografía social -inconclusa-, vino el letargo de la cuarentena y la nueva realidad impuesta por la crisis sanitaria, esta situación generó diferentes problemáticas sociales y las lecturas personales cambiaron radicalmente. En este contexto avanzar en las actividades pendientes ya no cabía.



Instauramos entonces un nuevo orden para continuar el trabajo y tratamos de retomar lo que quedó en el camino. Regresamos a la calle a mediados de mayo de 2021. Pudimos percibir un silencio generalizado. La ausencia de personas que era una constante en la calle ahora es casi absoluta; la calle parece una sombra. Han aparecido, como en toda la ciudad, pequeños comercios con productos de primera necesidad, en muchas de las fachadas se observan letreros de locales y viviendas en venta y arriendo. Durante el recorrido nos encontramos con Jorge, a quien no habíamos visto en todos esos meses. Un abrazo espontáneo por el tiempo de ausencia y la inevitable mascarilla como evidencia de que todo ha cambiado. Conversamos sobre los proyectos que se había pensado para la calle, y que han quedado suspendidos... “todo es incierto” nos dice, “todo se murió, todo se perdió... toda continuidad que podía haber habido, se rompió”. (Herrera, 2021)

No sabemos si en las circunstancias actuales de la “nueva normalidad”, o si en los requerimientos inmediatos y proyectos para la ciudad se dé cabida a las iniciativas que parecían traer alguna esperanza de cohesionar ese imaginario colectivo de la calle y los barrios que la contienen. Lo que sí nos queda claro es que, además de las prioridades que hayan identificado las autoridades de turno, quedan las experiencias de vida y de lo que para ellos significa; por tanto, implica, a más de su idealización, visibilizar las diferencias sociales en una calle imaginada contendora de la memoria de la ciudad.

Durante las últimas décadas del siglo pasado se intensificó el estigma que ha pesado sobre el sector, cuestión que fue ocurriendo con el cambio de ocupantes en las que fueran viviendas familiares. Se propició así una transformación que desató un fenómeno social, como nos han comentado algunos vecinos.

“Lo que pasa es que la señora queda viuda y no sabía qué hacer para sus hijos. Empieza a recibir cosas robadas Después empieza a venir gente del norte; empezó a



hacerse refugio de gente de afuera; empezaron a arrendar cuartitos a lado del retén. Ahí se fue haciendo zona roja. El problema que tenemos ahora es la droga, es la inseguridad; llega mucha gente porque está cerca del terminal.” (Arteaga, 2019)

“La zona difícil, la más conflictiva, es la que está entre la Federico Guerrero y la Pío Bravo, por la presencia de trabajadores sexuales, y por el expendio de drogas” (Daza, 2019). Esta situación es conocida por la colectividad y se espera que esta problemática sea resuelta por las autoridades, sin embargo, al tener raíces profundas, y de trasfondo social, la vigilancia y el uso de la fuerza no son suficientes.

Por su trascendencia histórica la calle Rafael María Arízaga está siempre en mira de los entes de la administración local, surgen distintas intenciones para restituirle su antiguo protagonismo, pero su realidad social es compleja; por un lado, sus actores sociales, que pertenecen a una generación saturada del discurso de la trascendencia histórica de la calle y que mantiene además un recuerdo vivo de su preponderante papel en la economía de la ciudad, y por otro, la institucionalidad, podrían ser los únicos empeñados en plasmar proyectos para dotar de continuidad a esos valores que de alguna manera están congelados en el imaginario local. Los pequeños y grandes conflictos sociales se siguen desarrollando al margen de todas las expectativas que a futuro tejen aquellos que tan comprometidos se sienten con este espacio vivo de la ciudad.

La panorámica actual, marcada por la presencia del COVID 19, ha trastocado en estos dos años, una vez más, la dinámica de ocupación de la calle. Si a finales del siglo XX la migración al exterior significó el abandono de las viviendas, y un cambio en la dinámica económica de algunas familias, con la crisis sanitaria se observa en muchos inmuebles anuncios de venta y arriendo, lo que traerá nuevos ocupantes del sector y la



calle, y como consecuencia la fractura de la memoria colectiva, para quienes la detentan como un patrimonio a salvaguardar.

La memoria colectiva reconstruye desde el presente los sentidos del pasado, de ahí que surge la necesidad de repensar la producción de memorias en espacios en tanto marcos referenciales, que como anota Halbwachs (como se citó en Díaz, 2013) orientan su producción al momento de contar historias, convocar experiencias, o develar sucesos; constituyéndose en activador de relatos sucesivos. Delgado-Ruíz (2014) alude a la naturaleza simbólica que entraña todo espacio intencionalmente representado y que involucra valores éticos, estéticos y reglas colectivas, así como la dimensión del espacio y del tiempo. Remarca la importancia de los espacios por los que ha transcurrido y transcurre la vida de la gente en su vida ordinaria, a lo que se adhiere también el comprender a la memoria en el sentido de una relación que posibilita el acercamiento entre los individuos y el medio en el que se desenvuelven; de esta forma, como lo sugiere Suárez (2010) “una plaza, una calle, un monumento, una edificación, una casa, se convierten y constituyen en espacios para la significación, a la vez que viabilizan la localización de las memorias individuales, que son las que construyen sentidos” (p.19).



Conclusiones

Lo que anotamos a continuación condensa algunas de las ideas y reflexiones que acompañan la descripción y el análisis trabajado en cada uno de los capítulos que componen la tesis, en la que indagar tanto en las fracturas como en la continuidad de la memoria devino en una tarea necesaria al asumir la calle como objeto de estudio. Es decir, la realización de un imaginario de calle en quienes detentan la memoria como un bien a preservar. En nuestro trabajo anotamos los distintos sectores por los que atraviesa la calle, sus barrios y sus habitantes, con lo que, advertimos, a la vez, un campo de múltiples expresiones y experiencias, en la proyección de una calle propia en sus realidades, similitudes y diferencias.

La reconstrucción de la memoria en la calle Rafael María Arízaga dejó grandes aprendizajes; primero, entender que esta permea y atraviesa la vida social y es imprescindible en la construcción del imaginario en torno al cual se elaboran los relatos sobre ciudad. La comprensión que sobre un espacio se ha dado y se da, a más de actuar como nexo cohesionador se revela aún más en sus fracturas; al determinar en la calle un espacio social, donde suceden encuentros y desencuentros, y donde se proclama el derecho a su apropiación y pertenencia. Al realizar la investigación pudimos vislumbrar en la calle un micro escenario en el que se replican acciones que se dan también en otros barrios y calles de la ciudad; algo así como un micro universo del gran macro que es la ciudad.

Nuestro interés ha sido buscar las formas en las que la memoria es fracturada, entre las narrativas y sus formas de representación, y que transita entre las nociones de identidad, espacio y territorio adheridas a un espacio físico, cuyo relato histórico ha marcado un ideario en torno a sí misma y de la ciudad de la que es parte. Así es que nos



adentramos en la comprensión de las dinámicas que se suceden en la calle, que en tiempos pasados detentó, desde “la entrada de los patriotas” al “emporio de la toquilla y la hojalatería” a ser un reducto en el que se vive más allá de la historia. A lo largo del trabajo, acudimos a los relatos de los adultos mayores; por lo tanto, sus percepciones, visiones y elaboraciones sobre la calle son el sustento que nos guiaron en el estudio. A partir de aquí, observamos que, a pesar de coincidir en algunos puntos en común sobre un pasado añorado, requieren a sí mismo generar acciones conjuntas que los consolide, más allá de la memoria de la que se enorgullecen y detentan como bien a preservar. Partir de los hechos históricos, y de lo que han venido a nombrar como lo emblemático o lo más visible, nos avocaron necesariamente en la búsqueda de otros referentes y supuestos, como pensar en áreas expandidas que aún no han superado temas cruciales como la seguridad, y por tanto, la dificultad de una pretendida activación, como han dicho los vecinos.

La etnografía como principal metodología de investigación sirvió de base hacia una reflexión en torno a un espacio históricamente connotado y que en voz de los vecinos supo articular un lenguaje a partir de experiencias comunes que develaron algunas características que expanden su connotación desde un punto de vista más cotidiano y familiar, en un deseo permanente de seguir actuando. El tratado de la calle como escenario de significación acarrió también mirar y discernir ciertas prácticas necesarias para que las intenciones de los vecinos no desaparezcan; más de una ocasión se dejó dicho que, son las generaciones de mayores las que más cerca están de aquello que conocen y su inexistencia pone en riesgo el devenir. Además de esto, cabe señalar las proyecciones que sobre ella se dan en el sentido de verla como un escenario-cabida a las nuevas generaciones y a los nuevos habitantes.



A nivel experiencial, la etnografía nos mostró el carácter dialógico y, correlativo entre los distintos vecinos; de los que, anotamos: por un lado, el nombrar (se) a sí mismos como herederos de un espacio, y, por tanto, el hecho de que en ellos recae la responsabilidad de su existir; y ser, por tanto, responsables de su presente y futuro; y por otro, la presencia de los otros; los vecinos no tan antiguos, quienes al mismo tiempo son vistos como aquellos que aportan para que esta calle “avance”.

De una forma paralela los vecinos se refieren a los “otros” responsables de un estigma que por mucho tiempo ha rodeado a la calle, y, recurren a ellos mismos al decir que, “las nuevas personas” que van a venir a la calle pueden “devolverle la dignidad” y “darle el lustre” que detentó por mucho tiempo. En este sentido, nombramos a ese “halo” por el que la calle ha sido reconocida al que necesariamente se vuelve al situarla como reducto de la gesta histórica y por tanto, un lugar de recordación. Valga reflexionar sobre este valor ponderado y su real significación en el presente llamado a develar contextos en los que la vida social hace parte de una memoria en lo cotidiano, en las que encontramos disputas a partir de la institucionalidad que opera en las funciones en el museo, como espacio emblemático en el que se replican acciones en las que la gestión local posiciona su discurso. Sin embargo, este discurso merece acercarse a la dinámica local, barrial y de sus actores.

En el marco de nuestra investigación, observamos las formas en las que las narrativas de la calle, distan unas de otras en sus sectores, tramos o barrios, y que, al ser tratados de manera diferenciada abrieron otras líneas al preguntarnos el porqué de la importancia de ciertos acontecimientos sobre otros. Lo que trae de vuelta pensar en los hechos que producen memoria y que no siempre siguen un ritmo o un orden. Esta aparece



ya fracturada, interrumpida, oculta, de manera paralela al igual de lo que ocurre en la cotidianidad que la produce.

En cuanto al proyecto de recuperación física que incluye adecuación de calzadas y fachadas bajo la actuación de la Junta de Andalucía, se visibiliza con mayor énfasis en el sector cercano al museo; de ahí que valga pensar en la necesidad de asegurar una gestión barrial efectiva para una mejora continua. Los vecinos evocan el lustre de la calle como un valor que les vino dado por la tradición y que el estar sujeta a la historia basta para su existencia.

Al reconocimiento de espacio de entrada y salida que cuenta la historia, la contemporaneidad confronta otros que obreros y artesanos venidos de áreas rurales; hoy por hoy es lugar de tránsito de migrantes colombianos, peruanos, venezolanos que comparten casas comunes, que además del sentido patrimonial al que los vecinos mayores hacen referencia, cuentan los sentidos prácticos por los que los habitan, siendo algunos de ellos, el costo de las viviendas, o, la cercanía al terminal. Lo que expande una habitabilidad que más allá del espacio de abolengo que trajo el tejido de paja toquilla asociado a un pasado de gloria en los personajes que la engalanan hace de estos nuevos vecinos actores temporales, compartiendo el mismo espacio. Los vecinos mayores no renuncian, ni se van definitivamente. Siempre vuelven, y como ellos dicen, “son los mismos” y que “al no ser por la memoria ya se habrían extinguido”. De un lado, parecen no justificar la presencia de quienes no son propios del barrio, y, de otro, agradecen esas presencias, porque las asumen como aquellas que les “sacarán a flote” y que harán que la calle “vuelva”.

Los vecinos aducen el pasado histórico como su máxima y por eso, dicen, urge materializar programas que los vuelva a juntar. Algunos de los programas que pudimos



ver, son manejados por la administración local, principalmente van en la línea de readecuación de espacio, para que la gente vuelva; esa necesidad omnipresente de vuelta al pasado. Aquí, la calle es vista como el objeto de deseo, para convertirla en un espacio emblemático y que sirva para articular modelos de gestión que se puedan emular en otros sectores de la ciudad. La contraposición entre lustre y estigma, no ha cesado; es más, se acude al lustre como un acto de salvaguarda al atentado de lo que podría significar, el deterioro, o el olvido. Desde la perspectiva del recuerdo, el acto memorioso actúa, en un hecho que coloca unas memorias sobre otras; las que coexisten en los márgenes de una calle cuya expansión marcó su propio destino. Están los vecinos circunscritos a su propio sector y que actúan ahí, cada uno en su barrio, en su sector, conviviendo en la misma calle, y un también fracturado sentido de vecindad; para pensar a la calle, en ese permanente imaginario; *la calle de la Libertad*. Al respecto de esta iniciativa personal, queda flotando tal vez la idea de un consenso, lo que para algunos vecinos podría significar o no. Con lo que volvemos a la pregunta que muchas veces repitió un vecino: ¿la calle es un escenario representativo de los idearios de libertad; o es solo un artificio para su evocación?...

Anotamos también la constante exhortación al respecto de los usos que se pueden dar a aquello que asuma a la cultura, como eje determinante que dinamice el sector; en respuesta a los efectos del estigma que por muchos años ha cubierto a la calle y que, según nuestra perspectiva, debe ir acompañada de una gestión asertiva al mando de la propia comunidad. La intermitencia de propuestas o, la presencia de esta en torno a momentos específicos compromete su continuidad. De lo que pudimos observar, el deseo de su realización va más allá que su propia materialización.



A lo largo de la investigación asistimos a múltiples trayectos en lo físico, en lo simbólico, en lo espacial. En ese sentido, cabe anotar que el permanente presente al que aduce la memoria y su constante actualización proponen la posibilidad de crear nuevas investigaciones, acercamientos teóricos y etnográficos, cuyos alcances y enfoques busquen reconocer prácticas y perspectivas diferentes entornos a las nuevas vecindades con sus memorias, las otras memorias.



Referencias Bibliográficas

- Aguilar-García, M. L. y Cordero-Farfán, M. F. (2015). *Cuenca, espacio y percepción, 1900-1950*. Universidad de Cuenca. <https://isbn.cloud/9789978142929/cuenca-espacio-y-percepcion-1900-1950/>
- Aguirre-Castro, M. J. (2018). *Las tejedoras de paja toquilla de la provincia del Azuay y los dilemas de la declaratoria del tejido como patrimonio inmaterial [tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar]*.
<https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6044/1/T2537-MEC-Aguirre-Las%20tejedoras.pdf>
- Álvarez, G. O. (2019). Roberto Cardoso de Oliveira: una Antropología Reflexiva.
<https://www.scielo.br/j/vb/a/rnV4bGHp6Hp6Gbjqwsrhd/?format=pdf&lang=es>
- Arteaga, D. (2014). *Patrimonio cultural: Nuestros barrios*.
<https://www.uazuay.edu.ec/bibliotecas/publicaciones/UV-64.pdf>
- Augé, M. (1992). *Los "No lugares" espacios del anonimato: Una antropología de la Sobremodernidad*. Editorial Gedisa.
- Barrera, S. (2004). Reseña de "Los no lugares espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad" de Marc Augé. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 2(1), 149-153.
<https://www.redalyc.org/pdf/881/88120113.pdf>
- Carpio-Vintimilla, J., Carrión, D., Jácome-Bohórquez, N., García, J., Carrión, F., Pérez-Sainz, J. P., Rodríguez, A., Villavicencio, G. y Menéndez-Carrión, A. (1987). *Antología de las Ciencias Sociales: El proceso urbano en el Ecuador*. ILDIS.
<https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/51098.pdf>
- Cordero-Iñiguez, J. (29 de noviembre del 2020). *El libro del Bicentenario: Un estropicio contra la historia cuencana*. Crítica y Opinión Cultural.
<http://criticayopinioncultural.blogspot.com/2020/11/el-libro-del-bicentenario-un-estropicio.html>
- Culture 21. (2018). *Programa de ciudades piloto global*.
<https://www.agenda21culture.net/es/nuestras-ciudades/ciudades-piloto>
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano: I. Artes de hacer*. Cultura Libre.
https://monoskop.org/images/2/28/De_Certeau_Michel_La_invencion_de_lo_cotidiano_1_Artes_de_hacer.pdf



- Delgado, M. y Malet, D. (2007). *El espacio público como ideología*.
<https://antropologiadeoutraforma.files.wordpress.com/2014/03/el-espacio-publico-como-ideologia-manuel-delgado.pdf>
- Delgado-Ruíz, M. (2014). *Habitar el patrimonio: nuevos aportes al debate desde América Latina*. Graffitex.
https://www.academia.edu/33253928/La_memoria_insolente_Luchas_sociales_en_centros_historicos?auto=download
- Díaz, D. A. (2013). *Maurice Halbwachs y los marcos sociales de la memoria [1925]*.
<https://cdsa.aacademica.org/000-038/660.pdf>
- Donoso-Correa, M. E. (2016). Análisis crítico de la planificación urbana de la Ciudad de Cuenca. *MASKANA*, 7(1), 56-74.
<https://publicaciones.ucuenca.edu.ec/ojs/index.php/maskana/article/view/920>
- Durán-Solís, L. F. (2014). *La Ronda: olvidar el barrio, recordar la calle*. [tesis de maestría, Flacso Ecuador].
<https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/6120>
- Gravano, A. (2008). Imaginarios Barriales y gestión social. *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. <https://cdsa.aacademica.org/000-080/109.pdf>
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Norma.
<https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/guber-r-2001-la-etnografia.pdf>
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Litocián, S.L.
https://www.academia.edu/17123309/141999311_Halbwachs_Maurice_La_Memoria_Colectiva_pdf
- Jamieson, R. W. (2003). *De Tomebamba a Cuenca, arquitectura y arqueología colonial*. Abya-Yala. https://downloads.arqueo-ecuatoriana.ec/ayhpwxgv/bibliografia/Jamieson_De_TomebambaACuenca.pdf
- Kuri Pineda, E. (2017). La construcción social de la memoria en el espacio: una aproximación sociológica. *Península*, 12(1), 9-30. <https://doi.org/10.1016/j.pnsla.2017.01.001>
- Machado-Clavijo, G. y Espinoza-Toral, J. L. (2016). *Tejiendo Sueños*. Nuevo Mundo Imprenta.
- Mancero-Acosta, M. (2013). De Cuenca Atenas a Cuenca Patrimonio: estrategias de distinción en la construcción del Estado-Nación. Felipe Burbano de Lara,



coordinador (Ed.). *Transiciones y rupturas El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX* (pp.199-230). RisperGraf C.A.

Molano-Camargo, F. (2016). El derecho a la ciudad: de Henri Lefebvre a los análisis sobre la ciudad capitalista contemporánea. *Revista Folios*, 1(44), 3-19.

<https://www.redalyc.org/pdf/3459/345945922001.pdf>

Moreno-Campoverde, P. A. (2021). *El reto de que las hebras continúen contando nuevas historias. En Tejiendo Sueños*. Mundo Imprenta

Nora, P. (1992). *Lex Lieux de mémoire*. Trilce

Páez-Barrera, O. (2011). Ver lo mismo, pero con otros ojos. Iconografía arquitectónica de la Cuenca Histórica. *Revista Pucará*, 1(23), 147-172.

<https://publicaciones.ucuenca.edu.ec/ojs/index.php/pucara/article/view/2543>

Portelli, A. (2017). *El uso de la entrevista en la historia oral*.

<https://core.ac.uk/download/pdf/162567264.pdf>

Romero-Rincón, J. L. (2013). *El Nacimiento de las Ciudades*.

https://repositorio.leon.uia.mx/xmlui/bitstream/handle/20.500.12152/99643/entre_textos02-art03.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Salazar, E. E., Abad, A., Aguilar, F., Jaramillo, D., Martínez, J. y Municipalidad de Cuenca. (2004). *Cuenca: Santa Ana de las Aguas*. Libri Mundi.

<http://biblioteca.culturaypatrimonio.gob.ec/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=184242>

Saramago, J. (2010). *El último cuaderno*. Alfaguara.

Sarlo, B. (1996). *Modernidad y mezcla cultural*.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1024566>

Tómmerbakk-Sorenden, M. (2021). *Los barrios históricos de Cuenca*. Imprenta GFK Graft&Pack.



Anexos

Agradecimientos a mis queridos amigos y colaboradores

Muchas gracias por ser parte de este proyecto, Gerardo Machado, Jorge Herrera, Raúl Daza, Johnny Merchán, Diego Arteaga, Fabián Arízaga, Adrián Muñoz, Mario Vintimilla, Marco Sánchez, Juan Carlos Astudillo, Rómulo Cabrera, Berenice Hugo, Teresita Iñiguez, Sonia Salazar, Lolita Bustillos, Elena Herrera, Alberto Coronel, Leonor Chaca, Zoila Arias, Miryam Gallegos, Rubén Vélez, Cati Peña, Mario Cando, Juana Estrella, y Lety Vernaza, por brindarme su confianza y darme todo el apoyo necesario para que esta meta se pueda llevar a cabo. Sin sus vivencias y relatos hubiese sido imposible dar a conocer la memoria colectiva y enriquecer este trabajo.